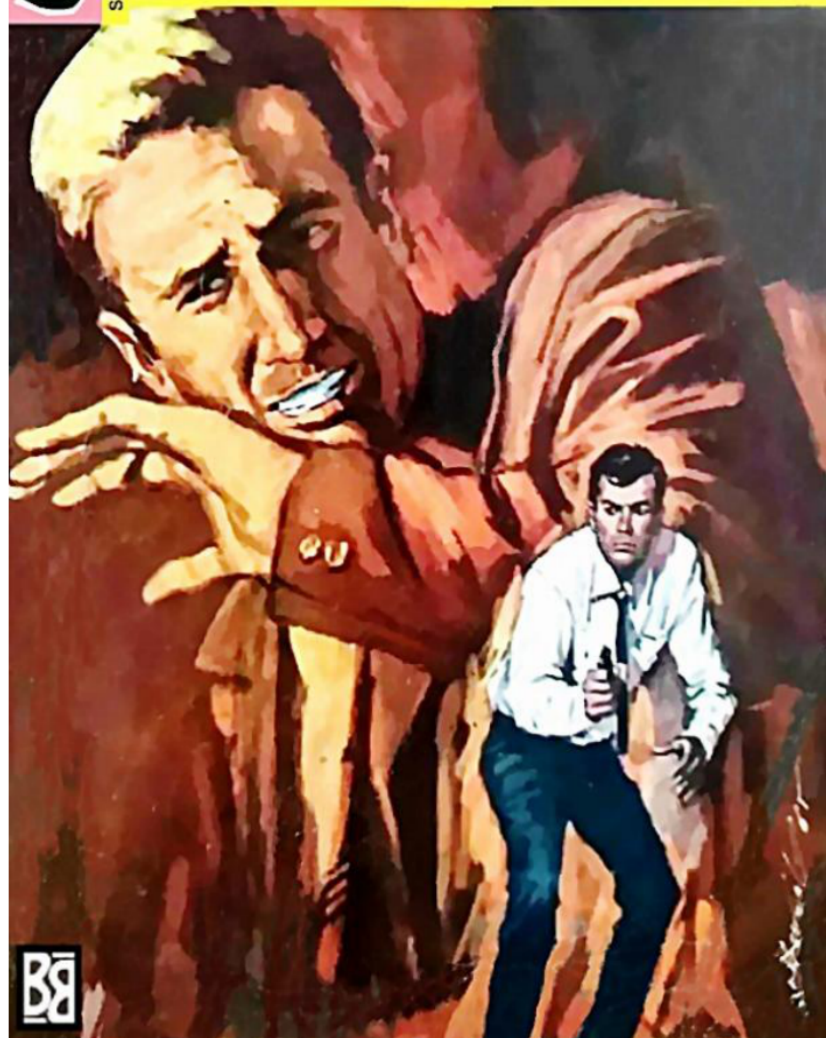
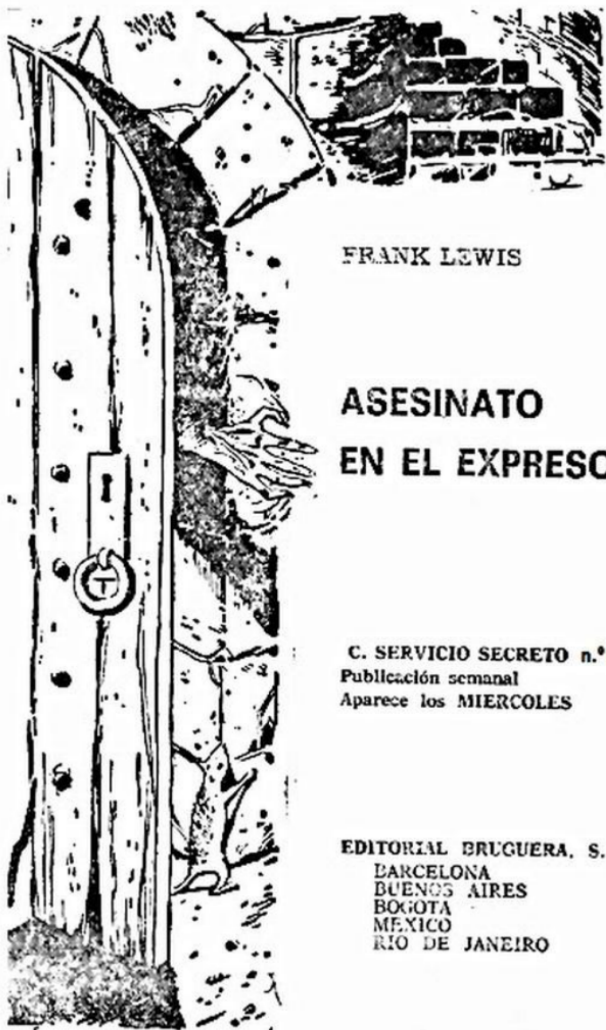

SS
SERVICIO SECRETO
ASESINATO EN EL EXPRESO
frank lewis
BB


ARTHUR MURRAY
MINELLA HAYNES



FRANK LEWIS

ASESINATO EN EL EXPRESO

C. SERVICIO SECRETO n.º 806
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 33162 - 1965
Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición: enero 1966

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 7.942/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Arthur Murray se colocó un cigarrillo entre los labios despreocupadamente. Lo encendió y tras lanzar una bocanada de humo cogió el vaso, dispuesto a probar el *whisky*.

Entonces su mirada tropezó con la del hombre. Éste le había llamado la atención poco antes, aunque sin hacerle el menor caso. No se hubiera acordado de él, de no tenerle a su lado y sorprender sus ojos fijos en él.

Se trataba de un hombre de una mediana estatura, completamente normal, sin tener nada en su persona que llamase la atención… excepto su mirada.

Sí, en sus ojos aparecía como un manifiesto temor, dándole la sensación de ser un ciervo acosado por una, jauría de perros. Le recordó un cuadro visto en su niñez, y que se le había quedado grabado en su mente. Un ciervo herido se debatía angustiado ante el acoso de varios perros, mientras se acercaban dos cazadores.

La mirada de aquel hombre le recordaba la del ciervo, impotente para seguir luchando, no teniendo fuerzas para huir. De un instante a otro sucumbiría, siendo destrozado por sus fieros enemigos.

—¿Quiere hacer el favor de darme fuego?

Aquellas palabras fueron pronunciadas en voz baja por el hombre. Arthur sonrió ligeramente, extrajo un encendedor y lo encendió, quedando complacido al ver surgir la llama al primer intento. Adelantó la mano y su fugaz interlocutor prendió fuego al cigarrillo.

El joven vio cómo los labios de aquel hombre temblaban ostensiblemente, así como la mano con que sostuvo el cigarrillo.

—Gracias, es usted muy amable.

—No vale la pena, señor.

En sus ojos azules divisó la misma angustia. Por un instante tuvo la seguridad de que iba a continuar hablando, como si tratase de

buscar protección en él. No ocurrió así, el hombre dio media vuelta y se alejó.

Se encogió de hombros. Quizá todo se debiese a una fantasía de su imaginación. Aquel individuo tenía un aspecto normal, mediana estatura, más bien delgado, cabellos rubios, peinados cuidadosamente hacia atrás y los ojos azules. Nada de particular, pues vestía correctamente.

Sin embargo, los ojos azules denotaban la intranquilidad de su espíritu, como si le amenazase un inminente peligro. Era absurdo y decidió no pensar más en ello. Un hombre como él no debía dejarse sugestionar, sino atenerse a la realidad.

Estaba complacido de cómo se estaba desarrollando su existencia. Y también orgulloso, pues hizo cuánto estuvo a su alcance para ser así. Terminó brillantemente sus estudios, obteniendo nota de honor. A sus veintiocho años ya ocupaba el cargo de profesor en una famosa universidad.

Se dedicaba a Historia, gustándole su misión. Tan sólo lamentaba el interés mostrado por sus jóvenes alumnas hacia él. Éstas parecían estar atraídas por su apostura, aprovechando cualquier ocasión para lanzarle miradas incendiarias. Él fingía no darse cuenta y se mostraba riguroso con todas ellas. A veces recibía una nota anónima, notificándole ser amado ardientemente.

No podía quejarse, pues sabía sortear estas difíciles situaciones con habilidad. Y no era por no sentirse atraído hacia el bello sexo, sino por considerarlo como algo impropio de su profesión. Cuando se encontraba tras su mesa, teniendo delante a sus alumnos, dejaba de ser un hombre. Simplemente se convertía en el profesor Murray.

Ahora estaba viajando, gozando, mejor dicho, disponiéndose a disfrutar de sus primeras vacaciones. Como carecía de familiares cercanos, eligió una pequeña localidad montañosa. No la conocía, pero había leído infinidad de veces sus características.

Existían grandes montañas y bosques, algunos lagos pequeños y un caudaloso río. Haría excursiones y nadaría en las aguas frías y también intentaría pescar truchas. Esto ya lo ponía en duda, pues jamás practicó aquel deporte.

Estaba complacido ante aquella perspectiva, pudiendo poner en acción sus formidables cualidades físicas. En la Universidad destacó en varios deportes, incluso Legó a recibir proposiciones de un

famoso manager para ingresar como profesional en boxeo. Afirmó hacerle campeón mundial a los dos años.

Declinó la oferta. Él tan sólo deseaba terminar su carrera y crearse un porvenir, con la ilusión de llegar a catedrático.

Bebió el *whisky*, saboreándolo. No tenía prisa alguna para regresar a su compartimiento. Por fortuna el tren no iba lleno ni mucho menos, pudiendo estar a su entera comodidad.

Dejó una moneda sobre la barra y decidió regresar a su sitio, reanudando la lectura de una interesante novela. Antes pasearía por el pasillo, para estirar las piernas.

Llegó al pasillo y cruzó por delante de su compartimiento, yendo hacia la parte extrema del vagón. Un hombre se echó a un lado, dejándole pasar. No le gustó el aspecto de aquel individuo, creyendo notar algo extraño en su actitud.

Movió la cabeza para desechar aquellos absurdos pensamientos. En todo creía encontrar algo anormal, sus nervios estaban excitados, ante la perspectiva de sus primeras vacaciones como el profesor Murray.

Llegó a la parte opuesta del vagón y dio media vuelta, pudiendo ver cómo aquel hombre entraba en el compartimiento que tenía enfrente. La forma de hacerlo fue sospechosa. Ahora no era cuestión de su imaginación sino realidad. Aquel hombre intentaba realizar algo indigno.

Se apresuró y llegó ante el compartimiento, pudiendo oír una voz angustiada.

—No sé nada. No tengo lo que buscan ustedes.

Una voz dura le respondió.

—Entrégueme ese documento o le mato. Se lo juro.

Arthur no titubeó, colocándose en el umbral del compartimiento. Vio al hombre de la mirada asustadiza echado sobre el asiento. Un individuo parecido al del pasillo estaba sobre él, amenazándole con un cuchillo.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Arthur, agresivo.

El hombre sospechoso se encontraba ante él, arrojándosele encima, con la intención de golpearle. Arthur ladeó la cabeza hábilmente, evitando ser alcanzado. Le golpeó en el estómago y su adversario se derrumbó al suelo.

Ya era tarde, el otro individuo acababa de clavar su cuchillo en

el pecho de su desventurada presa. El hombre lanzó un grito de agonía.

—¡Asesino, lo ha matado! —exclamó Arthur, indignado.

El forajido le asestó una cuchillada, viéndose obligado a retroceder para evitar ser alcanzado por el acero. Su enemigo lo aprovechó para salir del compartimiento. Su compañero habíase incorporado y le seguía.

Arthur se disponía a lanzarse en su persecución, cuando llegó hasta él la voz de la víctima.

—No se vaya, venga a mi lado. Se lo… suplico.

El joven titubeó, pero se decidió por acudir al lado del herido. Éste le tendía una mano, la cogió, ayudándole a incorporarse.

La camisa del herido estaba cubierta de sangre. Arthur se inclinó para examinar la herida, presto a evitar la hemorragia. El hombre sonrió tristemente.

—Es inútil, voy a morir. Ese bandido conoce su profesión, la cuchillada es mortal.

—¡Canallas! —masculló Arthur, indignado.

—No se preocupe… ya no hay remedio. Dios le ha puesto en mi camino. No pierda… tiempo —hizo una breve pausa para respirar y prosiguió—, quíteme el zapato izquierdo y encontrará un papel doblado… vuelva a ponerme el zapato.

El joven obedeció con rapidez las instrucciones del moribundo y no tardó en tener entre sus dedos el papel. Le volvió a poner el zapato, anudándolo como estaba.

—Quédese en Chicago. Ese documento no debe caer en manos de esos asesinos… prométamelo.

—Se lo prometo.

—Ponga un anuncio en el «Chicago Tribuna». Debe ser el siguiente: «Patrick, he llegado a Chicago», y añada sus señas. Será suficiente… Entregue este… documento a… quien…

Arthur escuchaba con atención, deseando no perder ninguna palabra del moribundo; la voz de éste hacíase cada vez más débil. No llegó a terminar la frase y cayó su cabeza hacia atrás. Estaba muerto.

Lo examinó con atención. Sus ojos azules tenían ahora una tranquila expresión, habiendo desaparecido todo su temor, que le hacía parecer un animal acosado.

Instintivamente fue a cerrarle los párpados, pero se contuvo. No era conveniente hacerlo, pues demostraría que alguien estuvo a su lado al morir. El asesino no sería capaz de realizar aquella piadosa acción.

Con rápido movimiento ocultó el papel en el bolsillo interior de su chaqueta. Se arregló el desorden causado en su indumentaria durante la breve lucha sostenida.

Miró al desdichado. Éste yacía en el asiento, con la cabeza apoyada en el respaldo. Los ojos abiertos, fijos en el techo. Daba la impresión de haber muerto tranquilo, tras recibir la terrible y mortal cuchillada. Y esta paz reflejada en sus facciones, se debía al hecho de haber entregado el valioso documento de que era portador a un desconocido, aunque no obstante, merecedor de su confianza.

El joven se volvió a prometer cumplir la palabra dada al moribundo. Esto significaba un contratiempo, pues probablemente perdería un par de días en Chicago. Pero quedaría compensado por la tranquilidad de su espíritu.

No se le olvidarían las palabras del moribundo: «Patrick, he llegado a Chicago». Y sus señas en el anuncio. Una buena contraseña, probablemente no llamaría la atención de nadie, ni siquiera la de los asesinos.

Sentíase dominado por un sentimiento nuevo en él. Una mezcla de indignación y furia. Le hubiese gustado volver a enfrentarse con aquellos dos forajidos, aunque corriese el riesgo de perder la vida. Sería una oportunidad para detenerlos y entregarlos a la justicia, de esta forma aquel crimen no quedaría impune.

¿Cómo iba a actuar?

Este pensamiento cruzó por su mente. En realidad, hasta entonces no pensó en ello. Su deber consistía en llamar a la policía, y también entregar el documento perteneciente a la víctima. Esto último no lo haría, se lo impedía la promesa hecha.

Su situación era extraña. Se encontraba en el departamento de un tren, en compañía de un cadáver.

Todo hallábase en calma a su alrededor. Salió al pasillo y no vio a nadie. La breve lucha no atrajo la atención a nadie. De súbito lanzó un grito. Él mismo quedó sorprendido y exclamó.

—¡Un hombre muerto! ¡Aquí hay un hombre muerto!

Tres hombres y una mujer aparecieron, acercándose a él, con la

alarma reflejada en sus semblantes.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió un hombrecillo con voz trémula.

—Han matado a un hombre —respondió Arthur, señalando el interior del departamento.

El hombrecillo asomó la cabeza y retrocedió rápidamente. Su rostro estaba intensamente pálido.

—Es cierto —musitó con voz aún más temblorosa—. Tiene la camisa cubierta de sangre.

—Tiraré del timbre de alarma —dijo un hombre corpulento y de aspecto decidido.

El otro le puso una mano en el hombro, mientras la mujer retrocedía hasta apoyarse en la ventanilla.

—No lo creo conveniente. Será preferible avisar a un empleado y éste avisará al agente. Será quien decida si debe detenerse el tren. En cierta ocasión me encontré en un trance parecido y el exprés no se detuvo. Aunque la víctima no estaba muerta.

El hombrecillo parecía haber enmudecido. En sus ojos se reflejaba el pánico ante aquella inesperada visión de la muerte. Más personas aparecieron, ávidas de enterarse de lo ocurrido. Una mujer de mediana edad y bastante obesa entró decididamente en el departamento, examinado la víctima.

—Está muerto —dijo con voz firme—. No cabe ninguna duda sobre ello.

Y fue a acercarse, con la indudable intención de tocarlo, pero un hombre se interpuso ante ella.

—No debe tocar nada, señora. Esto es asunto de la policía.

—¡Tonterías! —exclamó ella, despectiva.

—Le puede costar un disgusto, se lo advierto. No es conveniente mezclarse en un asesinato.

Este razonamiento le hizo comprender la necesidad de obedecer, conteniendo su morbosa curiosidad.

Los empleados se apresuraron a comunicar lo ocurrido al agente de servicio. Éste se abrió paso entre los curiosos, mientras ordenaba.

—Hagan el favor de retirarse a sus puestos, exceptuando la persona que ha descubierto el cadáver. ¿Quién ha sido?

—Yo —respondió Arthur, avanzando un paso.

—Quédese a mi lado, deberé interrogarle.

Entró en el departamento y examinó el cadáver, aunque sin tocarlo. Movió la cabeza mientras murmuraba.

—La cuchillada ha sido certera. No ha habido necesidad de darle otra. Da la impresión de que lo ha hecho un profesional.

Arthur permaneció silencioso, pese a desear expresar su conformidad. Le convenía hablar lo menos posible, no viéndose mezclado en aquel caso. Le convenía plena libertad de acción y no atraerse las sospechas de la policía.

—Todo esto es muy extraño —continuó el agente—. Este hombre no ha sido registrado. Quizá se deba a una venganza.

—Es posible que no tuvieran tiempo de hacerlo. Pasaba por aquí cuando oí el grito de la víctima. Vi a dos hombres que huyeron precipitadamente. Uno de ellos me dio un empujón.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el agente dirigiéndole una mirada de desconfianza.

—Arthur Murray.

—Hará el favor de enseñarme su carnet de identidad.

—No tengo el menor inconveniente.

Y Arthur le mostró el documento. El agente lo examinó y no pudo menos de comentar.

—¿Es usted profesor?

—Sí, ésa es mi profesión.

—Nunca lo hubiese imaginado.

—¿Por qué? —preguntó Arthur, mordaz.

El agente se pasó a mano por el cuello y respondió:

—Me imaginaba a los profesores más viejos y con barba. Un aspecto más respetable. Perdone, no he querido ofenderle.

—No me ha ofendido, le he comprendido perfectamente. Es mi primer año de profesión y estoy de vacaciones. Los profesores también han sido niños. Dentro de veinte o treinta años quizá tenga el aspecto que usted se imaginaba.

—Es cierto, señor Murray —respondió el agente, devolviéndole el carnet—. ¿Cuál es su punto de destino?

—Chicago.

—Muy bien, cuando descienda del tren será interrogado por un inspector. ¿Por qué no persiguió a aquellos dos hombres?

—Me quedé sorprendido al recibir el empujón y cuando reaccioné aquellos dos hombres ya habían llegado al final del

vagón. Uno de ellos empuñaba un cuchillo ensangrentado y consideré peligroso correr tras ellos. No soy hombre de acción.

—Lo comprendo.

—Entré en el departamento y quedé horrorizado al ver el cadáver, pues no tuve duda acerca de que ese hombre estaba muerto.

—¿Tiene usted experiencia en ver cadáveres?

—He estado en Corea.

—Bien. ¿Reconocería a aquellos dos hombres?

—No puedo afirmarlo. Todo ocurrió con tanta rapidez, recibí el empujón, la visión del cuchillo ensangrentado… Después el descubrimiento del cadáver. Todo sirvió para desconcertarme.

—Es normal, señor Murray. Quédese en su departamento y si le necesito iré a verle.

—Siempre estaré a su disposición.

Arthur se apresuró a dirigirse a su departamento, respondiendo a las preguntas de dos compañeros de viaje con brevedad, sumiéndose en sus pensamientos.

Éstos no eran muy halagüeños. No pudo evitar la muerte de aquel hombre y probablemente su presencia precipitó los acontecimientos; casi podía acusarse de su muerte. Esto era absurdo, él no debía hacerse aquellos reproches. Los forajidos se lanzaron sobre el desgraciado viajero con la intención de asesinarle. Aunque les hubiese entregado aquel papel, el asesino le habría destrozado el corazón con el acero.

CAPÍTULO II

El exprés se detuvo en Chicago. Arthur se disponía a descender cuando vio al agente.

—Me acuerdo de sus palabras.

—No desconfío de usted, señor Murray. Pero el inspector deseará interrogarle. Es usted el único testigo del crimen.

El joven siguió al agente, entrando en una pequeña estancia.

—Haga el favor de esperar, el inspector no tardará en venir.

Asintió mientras ofrecía un cigarrillo al agente, éste aceptó, despidiéndose con un amigable gesto. Arthur se sentó en una vieja silla y fumó, fingiendo estar despreocupado.

Transcurrieron más de diez minutos. Se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cuarenta y cinco años. Arthur le examinó con curiosidad. Era alto y delgado, nariz aguileña, facciones correctas y ojos grises de penetrante mirar. Vestía con cierta distinción y no denotaba ser un inspector de Policía.

—¿Se llama Arthur Murray? —preguntó, deteniéndose frente al joven.

Éste se levantó. Tras el inspector se encontraba el agente del tren y otro compañero.

—Ése es mi nombre.

—¿Es usted profesor?

—Sí.

—¿Reconocería a los asesinos?

—No me sería posible. Lo lamento, todo ocurrió de improviso y quedé desconcertado.

—¿A qué se debe su llegada a Chicago?

—Para saludar a unos amigos. Estoy de vacaciones.

—¿Permanecerá mucho tiempo en la ciudad?

—Probablemente un par de días. Me dirijo a Dakota del Norte, donde permaneceré el resto de mis vacaciones.

—Muy bien, procuraré molestarle lo menos posible. Mañana debe pasar por la comisaría, hará y firmará una declaración completa de lo ocurrido. Antes de marcharse deberá notificarlo, así como el lugar de su destino. Aquí tiene mi tarjeta.

—Se lo agradezco, inspector Ferguson —contestó el joven tras echar una rápida mirada a la tarjeta—. Haré cuanto pueda por ayudarles.

—Debe hacerlo. Se ha cometido un alevoso crimen y sus autores deben recibir el castigo merecido.

—Sí, estoy indignado por la muerte de aquel pobre hombre. ¿Cómo se llamaba?

—Alan Drill. Su profesión era la de agente de negocios. ¿Le había visto usted antes?

—Sí, unos minutos antes. En el bar.

—¿Por qué se fijó en él? —preguntó el inspector Ferguson con rapidez.

—Acababa de encender un cigarrillo y se me acercó, pidiéndome fuego.

—¿Algo en él le llamó la atención?

—Sí, su aspecto daba a entender estar preocupado. En sus ojos se divisaba el temor.

—Probablemente debía sospechar que le perseguían. Es extraño, sus ropas están en desorden, debido al forcejeo con su asesino, pero no fue registrado.

El inspector parecía hablar consigo mismo, como si se hubiese olvidado de la presencia de su interlocutor. No obstante, Arthur respondió sin vacilar.

—Le he dicho al agente que probablemente los asesinos huyeron ante mi presencia. No tuvieron tiempo de registrarle.

—Es posible. ¿No se le ha olvidado decirme algún detalle que le haya llamado la atención?

—No.

—Ya puede marcharse, señor Murray. Le espero mañana.

—No faltaré, inspector.

Una vez estuvo fuera de la estancia, se apresuró a salir de la estación Subió a un taxi y dio la dirección de un hotel. No se trataba de la primera vez que visitaba Chicago y conocía bastante bien la ciudad.

Tan pronto se encontró en una confortable habitación, lanzó una ojeada a su reloj. Era poco más de las cuatro. Tenía tiempo de poner el anuncio en el «Chicago Tribune».

Se duchó y no tardó en salir a la calle. Detuvo un taxi y dio la dirección de un conocido establecimiento Probablemente sería seguido por la policía, pues el inspector Ferguson desearía cerciorarse de la veracidad de su declaración.

Pagó al taxista y entró en el establecimiento. Éste tenía una salida por la otra parte y se dirigió hacia ella con rapidez. De nuevo en la calle, tuvo la fortuna de hallar un taxi detenido y subió a él. Observó con detención si era seguido y tuvo la seguridad de no ser así.

El taxi se detuvo en las proximidades de las oficinas del importante diario. Descendió del vehículo y entró en el edificio.

Encargó el anuncio. La empleada no hizo el menor gesto de extrañeza, pues estaba acostumbrada a otros más sorprendentes.

Parte de su promesa estaba cumplida, ahora debería limitarse a esperar la llegada de Patrick y entregarle el misterioso papel. Éste se encontraba en el interior del bolsillo de su chaqueta. No lo había vuelto a tocar, pese a haberse visto asaltado de vivos deseos de hacerlo.

Pero se trataba de un, secreto que no le pertenecía, siendo una vil acción tratar de averiguarlo.

Regresó al hotel, sin importarle ser descubierta su presencia por la policía. Llevaba consigo un paquete, resultado de una compra. Esto justificaba su salida del hotel.

No tardó en volver a salir. Esta vez fue a visitar a dos conocidos. Haciéndolo justificaba la explicación dada al inspector Ferguson de haberse detenido en Chicago.

Charló por espacio de una hora con Horace Ciarte, antiguo condiscípulo suyo. Horace estaba colocado en las oficinas de su padre y todo le sonreía, pues dentro de dos meses se casaría. El joven había engordado considerablemente, prometiendo no tardar en convertirse en la perfecta imitación de su padre. Arthur lo recordaba muy bien, pues en cierta ocasión le invitó a comer con su hijo.

Después se dirigió al domicilio de Jack Massey. Jack ya estaba casado, habiéndoselo informado en la última carta recibida. Vivía

en un edificio de aspecto confortable.

Llamó a la puerta, que abrió el propio Jack. El joven le contempló sorprendido.

—¡Pero si eres tú, Arthur!

—¿Tanto te sorprende verme?

—Naturalmente. Son tus primeras vacaciones y ya te creía en Dakota del Norte. Sé cuánta ilusión te hace ese viaje.

—Saldré pasado mañana —respondió Arthur correspondiendo al afectuoso abraso de su amigo—. Me he quedado un par de días en Chicago y he venido a verte. Así conoceré a Nancy.

—Entra, de una vez, condenado.

Jack cerró la puerta y cogió el brazo de su amigo. Se detuvo ante la cocina y exclamó:

—¡Tenemos un invitado, Nancy!

Una agraciada joven apareció, limpiándose las manos en el delantal.

—No tienes formalidad, Jack. Deberías avisarme con tiempo.

—No lo sabía; Arthur ha llegado de súbito. Éste es Arthur Murray, el honorable profesor de Historia de una de nuestras mejores universidades.

—Me alegro de conocerle, Arthur. Jack me ha hablado mucho de usted.

—Y yo, Nancy. Jack es un gran embustero, me dijo que se iba a casar con una muchacha bonita y no es cierto.

—¡Arthur, como te atrevas…! —amenazó Jack con golpearle el mentón.

—Es cierto. Tu esposa es encantadora, siempre has sido un hombre afortunado.

—Es usted muy amable, Arthur. No sé si le gustará la cena.

—Por mí no debe preocuparse, todo me gusta.

—Deberías tomar ejemplo, Jack —le amonestó Nancy.

—A él también le ocurrirá igual cuando se case, se volverá exigente. Debes hacerlo, muchacho. Así tu mujercita te cuidará mejor, ya tengo cierta experiencia.

—Bien, marcharos de la cocina No os necesito.

Jack miró significativamente a su amigo. Se apresuró a preparar dos aperitivos, charlando animadamente sobre los tiempos pasados.

—¿Cómo te va, Jack? —preguntó Arthur.

—No puedo quejarme, estoy de jefe de ventas de una importante firma y gano lo suficiente para vivir bien.

Nancy anunció que estaba la mesa preparada. La cena transcurrió en la mayor amenidad, charlando sin cesar. Sin embargo, Jack dijo de súbito.

—Algo te ocurre, Arthur.

—¿A mí? —inquirió el joven fingiendo sorprenderse.

—Sí, te conozco muy bien. Estás preocupado por algo.

—¿Yo preocupado? Si estoy de vacaciones…

—No trates de engañarme. Si no: quieres confiarte a mí, no lo hagas. ¿Acaso estás enamorado?

—No, no soy tan afortunado come tú. No he encontrado a la mujer de mis sueños, aunque no me preocupa en absoluto.

—No hable así, Arthur —le amonestó Nancy sonriendo—. No me gustaría verle convertido en un viejo solterón.

Estaba sorprendido de la sagacidad de Jack y no se explicaba cómo pudo haberse dado cuenta de su preocupación, pues hizo cuanto le fue posible para mostrarse desenvuelto y natural. No obstante, no logró engañar a su amigo. Éste dio muestras de continuar conociéndole bien.

Se alarmó al pensar en el inspector Ferguson. Éste también pudo darse cuenta de su estado de ánimos, pero no era probable, no conociéndole en absoluto.

—No me disgustaría llegar a serlo.

—No diga eso, Arthur. Me disgustaré con usted.

—Y yo también, amigo. Tus alumnos te llamarán viejo cascarrabias, como al profesor Brown. ¿Te acuerdas de él?

—Ya lo creo. Pero nunca llegaré a parecerme a aquel viejo gruñón e irritable.

—No puedes asegurarlo. El estar sólo te convertirá en un viejo quisquilloso, tratando de desahogar en los alumnos su fracaso sentimental.

—No me hagas reír. ¿Acaso no es un fracaso no haber encontrado la mujer soñada?

—¡Basta de esta conversación! —exclamó Arthur, sonriendo.

—Puedo presentarte algunas amigas de Nancy, son encantadoras. Sobre todo hay una…

—¡Basta, Jack! Estoy disfrutando mis primeras vacaciones, no

vayas a estropeármelas.

—Estás viendo, Nancy. No te engañaba, es un tipo duro e irritable no conseguiremos cambiarle.

—Es una lástima. Su aspecto es agradable.

—Engaña, querida. Es brutal y medio salvaje, lo oculta por mediación de la cultura recibida. En cuanto le arañas un poco, sale a la superficie su verdadera personalidad.

—No consiento más críticas. ¿Vamos a un club nocturno o saco entradas para ver una buena película?

—¿Tú qué deseas, Nancy?

—Prefiero lo primero, Jack. Ya lo sabes, nos veremos obligados a no poder ir una temporada.

El rostro de Nancy había enrojecido. Arthur miró a su amigo y éste asintió.

—Sí, muchacho. No tardaré en ser nadie. ¿Te das cuenta de mi responsabilidad?

—Os felicito. Es formidable, merece celebrarse.

—Ya lo tenía previsto, tengo un *whisky* magnífico.

Y Jack se fue en busca de la botella. Arthur sonrió ampliamente.

—Nancy, me considero feliz al comprobar vuestra dicha. Jack es un gran chico, le conozco muy bien.

—Gracias, Arthur. Sin conocerte ya te apreciaba, pues Jack me ha hablado mucho de ti. Pero ahora me he cerciorado de que no exageraba.

Regresó Jack, que estaba radiante de alegría y llenó tres vasos.

—Vamos a brindar —dijo alzando su vaso.

—Por el pequeño Jack o la linda muñequita Nancy —brindó Arthur con unción.

Poco después llegaron a un elegante club nocturno. La casualidad les hizo encontrarse con un grupo de jóvenes. Entre ellos estaba una amiga de Nancy, bonita y atractiva. La situación de Arthur se hizo difícil, pues se vio sometido a un continuo asedio de la joven.

—Me has traicionado, Nancy —se lamentó al marcharse—. No me gusta Mary, es una muchacha superficial.

—Llevas razón. No es mala chica, pero no me gustaría verla convertida en tú, esposa.

—Ya lo ves, Nancy es muy razonable. También soy de su

opinión.

Arthur se despidió de sus amigos, regresando al hotel. Se alegraba de haber contemplado la felicidad de Jack y Nancy. En el fondo quizá tuviese algo de envidia. Pero no, movió la cabeza con energía, él no se casaría… por lo menos en un futuro próximo.

Le gustaba su vida actual. Además, siempre fue muy exigente en cuanto a la mujer elegida para compartir su vida. No la deseaba extraordinariamente bonita, sino una mujercita juiciosa y comprensiva.

Nancy le gustó. Era bonita y se mostró discreta. Sí, Jack era un hombre afortunado. Para colmo no tardaría en ser padre.

Llegó a su habitación y abrió la puerta. Se detuvo para oprimir el interruptor cuando tuvo la sensación de tener muy cerca a una persona. Con viveza retrocedió un paso. Esto le salvó. Un golpe propinado con una porra de goma le rozó el hombre, produciéndole un vivo dolor.

—A él —masculló una voz ronca—. He errado el golpe.

De no haberse movido, hubiera sido alcanzado en la cabeza, cayendo fulminado al suelo. Ahora se encontraría a merced de aquellos asesinos.

Se enfureció ante aquella vil y cobarde agresión. Su puño derecho tropezó con la barbilla de su agresor. Éste rodó por el suelo, retrocedió dos pasos y vio aparecer a dos hombres armados de cuchillos. Por la expresión de su rostro, comprendió su decisión de clavar sus armas en él. Aquellos forajidos carecían de escrúpulos y no titubearían en matarle como hicieron con el desdichado Alan Drill.

Se volvió y echó a correr escalera arriba, siendo perseguido con ahínco. Al parecer no estaban dispuestos a dejarle escapar.

Logró adquirir ventaja, pues corría sin preocuparse de hacer ruido, mientras sus perseguidores ponían un gran empeño en causar el menor escándalo posible.

Sin embargo, a él tampoco le convenía atraer la atención de los empleados ni los huéspedes. Si esto ocurría, se enteraría el inspector Ferguson y se convertiría en sospechoso.

Se halló en lo alto de la escalera, ante una puerta cerrada. Sin la menor vacilación la abrió, encontrándose en la terraza. Ante él brillaban las letras fluorescentes. El edificio contaría con cinco

plantas y la caída significaría la muerte.

Cometió una locura en ascender hasta allí, pues se encontraba en un callejón sin salida. Hasta él llegó la respiración entrecortada de sus perseguidores. Estos ahora estarían convencidos de poder acabar con él. Se volvió con la rapidez de un relámpago.

Se lanzó hacia delante. Sus pies dieron con terrible ímpetu en el pecho de un facineroso. Éste soltó el cuchillo y cayó de espaldas. Colocó las manos en el suelo, evitando darse un golpe y se irguió con la agilidad de un consumado acróbata. El otro forajido ya intentaba asestarle un golpe, con la intención de clavarte el acero.

Se echó a un lado, evitándolo y le lanzó un izquierdazo en pleno rostro. El forajido se tambaleó, y el joven no le dejó reponerse, propinándole una serie de golpes. Rodó por el suelo, quedando al borde de los peldaños.

Arthur se agachó y se apoderó del cuchillo.

—Ahora seré yo quien te agujeree la piel —afirmó con fiereza.

El efecto de sus palabras fue inmediato. El facineroso se deslizó con rapidez por los peldaños. Estaba invadido por el pánico y creyó capaz al joven de cumplir su amenaza.

No intentó perseguirle. Llegó hasta donde se encontraba el otro forajido. Éste gemía, haciendo esfuerzos por levantarse. Al caer habíase dado un fuerte golpe.

Le apoyó la punta del cuchillo en el cuello. Con la mano izquierda le retorció un brazo tras la espalda.

—Como intentes algo contra mí, te mataré. Puedes tener la seguridad de ello.

—No quería hacerle nada —respondió su enemigo.

—¿De veras? —comentó con sarcasmo—. ¿Y qué te proponías hacer con este cuchillo?

—Tan sólo asustarle.

—Lo has conseguido, te lo aseguro. Bajaremos a mi habitación y hablaremos despacio.

—No quiero bajar con usted.

—Lo lamento, pero no te queda otro remedio. Un solo movimiento para escapar o agredirme y te clavaré el cuchillo. ¡Levántate!

Dejando escapar continuos gemidos el forajido le obedeció. Tenía el cuerpo dolorido por la doble patada recibida en el pecho y,

el golpe recibido al caer. Sin soltarle y apretando el cuchillo en su cuello le obligó a descender los peldaños.

No tardaron en llegar a la planta donde se encontraba la habitación de Arthur. El joven estaba sorprendido por no encontrar la menor alarma, pues durante la breve lucha y persecución se produjo bastante ruido.

—Avanza y enciende la luz —ordenó en voz baja—. Si tus compañeros están ahí y tratan de agredirme, te mataré. No intentes hacerme ninguna jugarreta. ¿Me has entendido?

—Sí.

El pistolero obedeció las indicaciones del joven. Al oprimir el interruptor, la estancia quedó iluminada. Una sola mirada bastó a Arthur para cerciorarse de no estar en ella los dos pistoleros. Éstos se habrían apresurado a huir.

Ni siquiera se preocuparon de cerciorarse de la situación de su compañero, tan sólo desearon huir, escapar de aquel temible adversario, cuyos golpes eran demoledores.

Se oyeron pasos. Arthur se mantuvo a la expectativa, mientras decía con tono amenazador, sin dejar de amenazar al pistolero con el cuchillo.

—Si son tus compañeros, te matará, puedes tener la seguridad de ello. Nadie podrá evitarlo. Si se trata de un empleado, por tu bien te aconsejo que te mantengas silencioso. De lo contrario, te entregaré a la policía.

El pistolero se apresuró a asentir.

El joven se disponía a cerrar la puerta, cuando vio aparecer a un empleado del hotel. Éste se apresuró a saludar respetuosamente.

—Buenas noches, señor. He creído oír ruido y me he apresurado a venir. Podía haberle ocurrido algo.

Arthur reprimió una sonrisa. Las palabras del empleado eran absurdas, pues habían transcurrido varios minutos del alboroto armado. Probablemente dejó pasar un rato, para encontrar una absoluta tranquilidad. Unos segundos más y hubiese encontrado la puerta de su habitación cerrada.

—No ha sido nada, he tropezado.

—Me alegro, señor. ¿Necesita algo?

—No, muchas gracias.

El empleado se alejó. Arthur cerró la puerta y se encaró con su

presa.

CAPÍTULO III

—Ahora vamos a hablar con tranquilidad —dijo blandiendo el cuchillo, amenazador.

—Déjeme marchar.

—No tengas tanta prisa. Quiero saber el motivo de haber estado esperándome en mi habitación.

—No sé nada.

El joven miró con fijeza a su adversario, frunciendo el ceño.

—No me gusta perder el tiempo, amigo. A veces tengo reacciones desagradables. Luego me arrepiento, pero ya es tarde.

—Se lo aseguro, no sé nada. Me pagaron para esperarle y golpearle.

—¿Tan sólo por eso? —inquirió Arthur con tono incrédulo.

—Así es, no le engaño. Quien estaba enterado es Alchurch, él había recibido las órdenes.

Aproximó la punta del cuchillo a la garganta del pistolero. Éste retrocedió instintivamente. Arthur saltó inesperadamente, cayendo sobre el pistolero. Le asió por la muñeca y le dobló el brazo tras la espalda, obligándole a proferir un gemido.

—Dime cuánto sepas o lo lamentarás.

—Ya lo he dicho, no debe hacerme daño.

—Pues te lo haré —afirmó aumentando la presión ejercida.

—Sólo estaba enterado Alchurch; Smith y yo ignorábamos de qué se trataba. Nuestra misión se reducía a dejarle abatido. Nos ofrecieron doscientos dólares.

—¿Cada uno?

—Sí, a cada uno. La oferta era tentadora y aceptamos.

Lo miró con fijeza. Aquel hombre no mentía, estaba dominado por el dolor y el miedo. Le aproximó otra vez el cuchillo al cuello y en esta ocasión no pudo retirarse, llegando a pincharle. Con el semblante lívido lanzó un gemido.

—No sé nada, se lo juro, no sé nada.

—Bien. ¿Quién es ese Alchurch?

—Se llama Yul Alchurch. Tiene fama de ser muy peligroso. Esta tarde nos habló a Smith y a mí, haciéndonos esa proposición.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Acostumbra a ir cada tarde al «Trébol rojo».

—¿Dónde está el «Trébol Rojo»?

—No le conviene ir. Es un lugar peligroso.

—No me importa. Estoy deseoso de hablar con Alchurch, es un tipo interesante.

El pistolero se encogió de hombros, como tratando de indicarle haber hecho cuanto estaba a su alcance para hacerle desistir.

—Te has vuelto muy conciliador conmigo; das la impresión de lamentar que me ocurrí, nada desagradable.

—Así es. Le estoy agradecido por no haberme entregado a la policía.

—Todavía puedo hacerlo.

—Pero no lo hará, le he dicho la verdad.

—No te he hecho promesa alguna. Me he limitado a amenazarte con degollarte.

—Déjeme irme. No le diré nada a Alchurch, me mantendré al margen de este asunto.

Arthur le miró y movió la cabeza negativamente.

—No puedo fiarme de ti.

—Se lo juro, le doy mi palabra de honor.

No pudo reprimir una carcajada, haciéndole gracia la contestación de aquel granuja.

—¿Tu palabra de honor? Un hombre que no vacila en robar. Por doscientos dólares accedes a golpear a quien no conoces.

—Es mi profesión. Completamente distinto.

—Es inútil, no puedo exponerme. De buen grado te dejaría ir, pero necesito una firme garantía.

—¿Una garantía? No le entiendo, sólo puedo jurárselo.

—Tengo ésa garantía, y es tú presencia. Pasarás esta noche conmigo, en mi habitación. Mañana te conduciré a un lugar seguro. Tu libertad dependerá de no haberme engañado.

Apenas ejercía presión sobre el pistolero. Casi estaba tentado de creerle y dejarle marchar, pero no lo haría, siendo muy expuesto.

Ya tenía tomada una determinación, la más prudente. Saldría perjudicado el pistolero, aunque lo preferiría a ser entregado a la policía.

—Te ataré las manos tras la espalda y permanecerás en esa butaca. La posición no será muy cómoda, aunque procuraré dejarte lo mejor posible. No intentes escapar; no lo conseguirías, los nudos serán cálidos. Además, tengo el sueño ligero y me despertaría.

—No me ate, no me escaparé.

—Quiero dormir tranquilo, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Benny.

Se guardó el cuchillo, tras haberle soltado. Buscó entre su equipaje, hasta hallar algo sólido conque atar a Benny. Lo realizó con rapidez, dejándole en una butaca.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—No mucho, pero como no hay otra solución…

—Me gusta verte comprensivo.

—Es una lástima no se fié de mí; no le hubiese engañado.

—Es probable, aunque así estaré más tranquilo —una sospecha cruzó por la mente del joven—. ¿Estaba enterado el empleado de vuestras intenciones?

—Sí, Alchurch le entregó diez dólares.

—Ahora me he dado cuenta de ello. Te deseo pases buena noche.

—¡Hum!

Se desnudó y se acostó, apagando la luz. No tardó en quedarse dormido. Tenía la seguridad de encontrar a Benny en la misma posición cuando se despertase. Ninguno de los tres forajidos eran los del tren, pues se fijó en ellos. Estuvo haciendo conjeturas hasta llegar a la conclusión de entregar el documento a su destinatario y marcharse de Chicago.

Tan pronto despertó miró hacia la butaca. Sobre ella se encontraba Benny, al parecer durmiendo apaciblemente. Saltó de la cama y se lavó, vistiéndose con rapidez. Benny abrió los ojos sobresaltado.

—¿Has dormido bien, Benny? —preguntó Arthur, sonriendo.

—Me duele todo el cuerpo —gimió el forajido, tosió ruidosamente—. Tengo el pecho estropeado.

—Todo te pasará enseguida, no te preocupes.

Lo desató. Benny apenas logró ponerse derecho, apoyándose en la butaca. Realizó flexiones de piernas, doblándose hacia atrás, con las manos apoyadas en los riñones.

—Lávate y nos marcharemos.

Sin pronunciar una palabra obedeció. Arthur se fijaba en él, sin advertir rencor en su mirada. Tenía unos veinticinco años y sus facciones correctas estaban desfiguradas por una innoble expresión. Resultaba lamentable; aquel muchacho podría regenerarse y convertirse en un hombre honrado.

Cuando estuvo arreglado le cogió del brazo.

—Vamos a irnos, no intentes escaparte. Entonces me vería obligado a entregarte a la policía.

—Continúo opinando como anoche.

—Me alegro, nos vamos entendiendo.

Descendieron la escalera y cruzaron el vestíbulo sin el menor incidente. Arthur alegróse de no ver al empleado de la noche anterior. Al salir a la calle miró a su alrededor y echó a andar con decisión, seguido de Benny. Continuaba cogiéndole del brazo, como medida de precaución para un posible intento de fuga.

Cuando estuvo bastante alejado del hotel, hizo señas a un taxi. Subieron y dio la dirección de Horace. Era temprano y confiaba encontrar a su amigo, antes de marcharse a la oficina.

Sin embargo, dio un suspiro de alivio al ver la maciza figura de Horace al abrir la puerta.

—¿Eres tú, Arthur? —exclamó sorprendido.

—Sí, temí no encontrarte.

—Pues te ha faltado poco, cinco minutos más tarde y ya me hubiera marchado a la oficina.

Y se quedó mirando a Benny, cuyo aspecto no se le antojó muy recomendable. Una vez los dos hombres hubieron entrado, cerró la puerta, mirando a su amigo interrogadoramente.

—He traído a este conocido. ¿Te molestará que se quede aquí durante todo el día?

—¡Caramba, Arthur! ¿Lo crees conveniente?

—Si no lo creyera, no te pediría ese favor.

—Puede quedarse. Encontrará bebida en el mueble bar.

Horace pronunció estas últimas palabras dirigiéndose a Benny. Éste no contestó y en su lugar lo hizo Arthur.

—Eres muy amable, Horace. Pero nuestro conocido no necesitará beber.

—Cómo él quiera —respondió encogiéndose de hombros.

—Entra, Benny, te colocaré lo más cómodo posible. Un poco de paciencia y te soltaré.

—La tendré —afirmó el pistolero.

Horace escuchaba sorprendido. No podía hallar una explicación para aquella absurda situación. No obstante, tenía absoluta confianza en Arthur. No hizo pregunta alguna.

Su estupor aumentó al ver cómo Arthur indicaba a su acompañante una butaca. Benny se sentó, procediendo a ser atada una muñeca.

—Así estarás bastante cómodo. ¿No crees?

—Sí, aunque es inútil esa precaución. No intentaré escaparme.

—No puedo exponerme, muchacho. Debes comprenderlo.

—Lo comprendo.

Arthur empujó con suavidad a Horace, hasta hacerle salir de la estancia. El joven sonreía, viendo el asombro reflejado en la cara de su amigo.

—Necesito una llave de tu apartamento.

Sin responder, Horace abrió un cajón de una mesa y después de breve búsqueda extrajo una llave, alargándola a Arthur. Éste la introdujo en el bolsillo de su chaqueta.

—Mañana te la devolveré. Benny necesitará comer y beber, de vez en cuando vendré.

—¿Puedes explicarme qué significa todo esto? —explotó al fin Horace.

El joven meneó la cabeza con lentitud.

—No me es posible, Horace. Ese secreto no me pertenece.

—Como quieras, aunque estoy muerto de curiosidad.

Arthur abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—No puedo hacerlo. Ese individuo me ha prometido no escaparse, pero no puedo fiarme de él. No te ocurrirá nada, Horace. Estoy dentro de la ley.

—Eres un profesor, cuyo nombre empieza a estar rodeado de prestigio. Confío por completo en ti.

—No te defraudaré. Te acompaño hasta la oficina.

—Siempre has sido un tipo con suerte, Arthur.

—¿Tú crees?

—Tengo la seguridad. Ahora estás mezclado en un buen lío, a mí nunca me ocurre nada y vivo en Chicago.

—Ya tienes bastante con los negocios. El empleo de profesor es muy monótono y necesito un poco de ajetreo. Hubiera dejado a Benny en el hotel donde me alojo, pero los empleados habrían podido descubrirle, siendo difícil dar una explicación sobre el motivo por el cual un hombre permanece atado, y más no siendo un huésped.

—Eres prodigioso, Arthur —comentó Horace lanzando una carcajada—. Nunca he visto a nadie tan decidido como tú; no vacilas en emprender cualquier aventura.

—En ésta me han metido. Tan sólo quiero pasar mis vacaciones tranquilo, paseando, nadando y pescando. Voy a perder un par de días. ¡Qué le vamos a hacer!

Subieron en el magnífico coche de Horace. Arthur lo examinó con admiración y comentó.

—Buen coche, muchacho.

—Papá está contento conmigo y me ha asignado un buen sueldo. Puedo permitirme cualquier capricho. Esta noche puedes cenar con nosotros. Verás a mi padre y conocerás a mi prometida. Mi padre siempre te ha apreciado, poniéndote como ejemplo para mis estudios.

—Te lo agradezco, pero no puedo aceptar.

Horace se encogió de hombros y no tardó en detenerse ante un gran edificio.

—Aquí tenemos las oficinas. ¿Cuándo te volveré a ver?

—Esta noche o mañana, no puedo asegurártelo.

—Te has vuelto muy misterioso.

—Las circunstancias lo exigen. Más adelante te explicaré lo ocurrido.

Se despidió de su amigo y regresó al hotel. Se detuvo antes de llegar para desayunar. Necesitaba estar en su habitación, por si el anuncio puesto en el «Chicago Tribune» tenía éxito. Tan sólo deseaba entregar aquel documento que de forma tan original llegó a sus manos y marcharse hacia Dakota del Norte.

Benny no había comido nada y tendría hambre. Ya iría al mediodía a verle, llevándole alimentos. Se trataba de un castigo

leve para castigar su fechoría.

De nuevo se encontraba en su, habitación. Se quitó la chaqueta, sentándose en la silla. Encendió un cigarro y lanzó una bocanada de humo. En vano trató de pensar en sus próximas vacaciones. Todo su interés estaba concentrado en aquel misterioso asunto, queriendo el azar mezclarle en él.

No había examinado el papel, pese a haberse sentido tentado de hacerlo. Pero se trataba de un secreto ajeno y no debía cometer semejante acción. Se levantó de súbito y llegó hasta donde estaba su chaqueta. Con decisión se apoderó del papel y lo desdobló.

No entendió nada. Se trataba de rayas y números. Probablemente todo estaba en clave, pues le pareció un jeroglífico. Movió la cabeza desconcertado y en su rostro apareció una expresión malhumorada. Quizá el destino le hizo mezclarse en un caso de espionaje. Esto sería muy desagradable para él, y más si Alan Drill perteneció a una organización opuesta a su país.

Bueno, no debía pensar más. Sólo limitarse a entregar aquel valioso papel a la persona que viniese a reclamarlo, dando por terminado aquel asunto. Aunque antes quisiera arreglar la cuenta pendiente entre él y Yu Alchurch.

Dejó el papel en el bolsillo, volviéndose a sentar, fumando un cigarrillo tras otro. Con esto trataba de calmar su excitación.

Perdió la noción del tiempo, cuando oyó llamar a la puerta. Se levantó y acudió a abrir. Vio a un hombre alto y delgado, vestía un elegante traje oscuro, aunque desentonaba su corbata, de chillones colores.

No le era posible distinguir sus ojos, pues estaban ocultos por unas gafas negras. Sus labios eran delgados y los pómulos salientes. El cabello estaba cuidadosamente peinado hacia atrás, teniendo las sienes grises. Y sin embargo, aquel hombre aún era joven, pues no había cumplido los cuarenta años.

—¿Qué desea? —preguntó Arthur.

El visitante le mostró un pedazo de periódico. Arthur inmediatamente vio su anuncio. Quedó decepcionado, no gustándole el aspecto de aquel hombre.

—He venido por este anuncio.

—Haga el favor de pasar.

Cerró la puerta, ofreciéndole la única silla. Le observaba con

atención, acechando sus reacciones. El recién llegado se dejó caer en la silla y cruzó una pierna sobre la otra. Extrajo una elegante pitillera y ofreció un cigarrillo a Arthur. El joven lo rechazó con un gesto, mientras decía.

—Gracias, termino de fumar.

—Estoy sorprendido —dijo el desconocido—. Esperaba ver a Alan Drill.

—No volverá usted a verle. Drill ha muerto.

—No es posible.

—Sí, estuve a su lado hasta que exhaló el último suspiro.

—¿Fue asesinado?

—Sí, le clavaron un cuchillo en el pecho.

—¡Asesinos! —exclamó el desconocido—. Pobre Drill, se trataba de mi mejor amigo. ¿La policía detuvo a los malhechores?

—No, lograron huir.

—Esos canallas deberán pagar este crimen.

—Temo quede impune. El único testigo fui yo; si volviese a ver a aquellos dos hombres no los reconocería.

Arthur se encontraba intranquilo, aunque se esforzaba por disimularlo. Conforme iba examinando a su interlocutor, menos le gustaba su aspecto. De su persona se desprendía algo siniestro. Por más que se esforzaba, no conseguía encontrar la menor relación entre él y Alan Drill.

En cambio, no debía hacer ningún esfuerzo para creerle en combinación con los asesinos de aquel desdichado.

—Es una lástima —asintió el desconocido.

Y Arthur creyó percibir un intenso alivio en su voz. Aún se puso más en guardia.

—Me hubiese gustado la detención de aquellos dos hombres. Jamás podré olvidar el momento de matar a Drill. Fue algo alevoso, puede creerme.

—Lo creo. ¿Qué le dio Drill para mí?

—¿Qué me dio para usted? Nada, nada en absoluto. Vio cómo las facciones de su interlocutor se contraían, adquiriendo su rostro una expresión de extraordinaria dureza. Se sintió examinado con detención.

—¿No le ha entregado nada?

—No, ya se lo he dicho.

—Entonces… ¿A qué se debe este anuncio?

—Me lo encargó Drill antes de morir. Debía comunicarle a usted lo ocurrido.

—No es posible, Drill le entregó un papel.

—¿Qué trata usted de insinuar? —preguntó Arthur con tono agresivo.

—Usted pretende quedarse con ese papel.

El joven avanzó dos pasos, quedando a corta distancia de su visitante. Le miró de frente.

—Márchese enseguida de aquí. Si no lo hace, no respondo de mis actos.

—No se excite, debemos hablar con tranquilidad.

—Hasta ahora lo hemos hecho, pero no tolero ser insultado.

—No ha sido esa mi intención. Alan Drill llevaba consigo un valioso documento. ¿Se lo sustrajeron sus asesinos?

—No, no lo creo. Aunque me es imposible afirmarlo.

—Entonces lo tenía él. Debió entregárselo para mí.

—Tan sólo me dijo la frase para el anuncio, encargándome dijese a quien viniese a verme su muerte. Falleció poco después.

—Me llamo Charles Carroll y le estoy muy agradecido.

—No debe estarlo. Me he limitado a cumplir con mi deber, prometí a Drill hacer su última voluntad.

—Ya lo ha hecho usted. Lástima no haya podido realizar su noble acción completa.

—También yo lo lamento.

Carroll se levantó, dirigiéndose a la puerta. Se detuvo y le tendió la mano. Arthur se la estrechó.

—Le estoy muy agradecido.

El joven se inclinó ligeramente. Abrió la puerta y Carroll se marchó. Se sentó. La expresión de su cara denotaba su preocupación. Aún ignoraba su repentino impulso de no entregar el papel a aquel hombre, y no estaba arrepentido de ello.

Creyó sorprender en su aspecto una manifiesta falsedad, como si no fuese cierto cuanto le estaba diciendo. Y no obstante, respondió al anuncio puesto por él.

En realidad esto carecía de importancia. Los asesinos de Alan Drill conocían su alojamiento, pues lo siguieron al salir de la estación, tratando de apoderarse de él. Al leer el anuncio,

comprenderían la verdad y trataron de engañarle.

Estaba dispuesto a esperar al verdadero amigo de Alan Drill.

Charles Carroll no podía serlo, tenía la completa seguridad de ello.

CAPÍTULO IV

Entró en el apartamento de Horace y no tardó en verse frente a Benny. Éste continuaba tal como lo dejó. Su cara denotaba una completa conformidad.

—¿Cómo te encuentras, Benny?

—Un poco incómodo y hambriento. Desde anoche no he comido nada.

—Me he acordado de ti.

—Menos mal, es un alivio.

Arthur lo desató. Benny se levantó e hizo un gesto de dolor, mientras se pasaba las manos por el cuerpo.

—Todo me duele.

—Es preferible eso que encontrarte en poder de la policía. ¿No te parece?

—Sí, estoy de acuerdo con usted. Por eso no me quejo.

Le alargó unos paquetes. Benny los cogió con avidez. Al examinarlo dejó escapar un silbido de satisfacción.

—Esto promete estar bueno. Le agradezco haberse acordado de mí.

—No te iba a dejar morir de hambre. No sé si Horace tiene cerveza, si no es así lo lamentaré, pero tendrás que beber agua.

Benny hizo un gesto de desagrado.

—Si no hay otro remedio…

Abrió la nevera y comentó.

—Has tenido suerte, Benny. Aquí tienes una botella de cerveza.

—Menos mal. Dentro de mi desgraciada situación estoy de suerte.

Y comió con rapidez. Cuando terminó, metió la mano en un bolsillo y extrajo un paquete de cigarrillos. Se puso uno en los labios y lo encendió.

Arthur estaba sentado frente a él, contemplándole con interés.

—¿Conoces a Charles Carroll? —preguntó de súbito.

—¿Charles Carroll? No, no le conozco. Nunca había oído ese nombre.

Su tono fue sincero y Arthur no dudó en haberle dicho la verdad.

—Es posible, puede ser un nombre falso.

—Cuando me soltará de esta jaula.

—Probablemente esta noche, debes tener un poco de paciencia.

—La tengo, no se preocupe por mí. Lo único lamentable es permanecer atado a esa butaca sin poder cambiar de posición.

—Es cuestión de unas horas. Enseguida pasarán.

—¿Todavía está decidido en buscar a Alchurch?

—Sí.

—No se lo aconsejo. Es un tipo peligroso.

—Anoche le obligué a huir.

—Siempre no tendrá la suerte de su lado.

—Confiaré en ello.

—¿Y si le ocurre algo?

—Horace probablemente le soltará, lo dejaré a su criterio.

—Eso no está bien. Su amigo puede entregarme a la policía, sería una broma muy pesada. Me he portado bien con usted.

El joven reflexionó durante unos segundos. Benny tenía razón. Tras haber sido apresado por él, no le opuso ninguna dificultad. Si le ocurría una desgracia, no sería justo lo pagase él.

—Bien, voy a arreglarlo. Le escribiré una nota.

—Se lo agradezco.

Arthur escribió unas líneas y dejando el papel en un lugar visible, volvió a atar a Benny. Éste no trató de oponer resistencia. En forma alguna podría vencer al joven, pues éste era infinitamente más fuerte.

—Le deseo suerte —le despidió el forajido.

No pudo menos de sonreír, pues su tono fue sincero. De buen grado le hubiera soltado, pero no podía hacerlo, su vida estaba en juego.

Entró en un restaurante a comer, regresando seguidamente al hotel. Tan pronto entró, el conserje le dijo:

—Señor Murray, tiene usted visita.

—¿Quién es?

El conserje señaló a una joven. Estaba sentada en una butaca, ojeando una revista. No pudo evitar un gesto de extrañeza.

—¿Está usted seguro de no haberse equivocado?

—Por completo, señor. Dijo el número de su habitación.

—Gracias.

Se dirigió hacia la joven, examinándola detenidamente. Era bonita habiéndose dado cuenta a la primera ojeada. Vestía con distinción. Se detuvo junto a ella.

¿Me está usted esperando, señorita?

Ella levantó la mirada sorprendida. Frunció el ceño y movió la cabeza negativamente.

—No le conozco, señor.

Le estaba confundiendo con un vulgar galanteador. No pudo menos de sonreír.

—Ocupo la habitación setenta y seis.

Ella pareció sobresaltarse, y sintió que le miraba por vez primera.

—Perdone, señor. Sí, le estoy esperando.

—¿Qué desea de mí? Estoy dispuesto a servirla.

La joven abrió su bolso. Arthur la miraba con fijeza, cerciorándose de ser nerviosos sus movimientos. Extrajo un pedacito de papel y lo ofreció a su interlocutor.

No tuvo necesidad de examinarlo para comprender que se trataba del anuncio encargado al «Chicago Tribune». Ahora se congratulaba de no haber entregado el documento a Charles Carroll, de quien sospechó se tratase de un impostor. Su instinto no solía engañarle.

—De acuerdo, señorita. Yo he puesto ese anuncio.

—Podemos ir a su habitación.

—No faltaba más. Perdone si no le he hecho ese ofrecimiento, temí ser mal interpretado.

—Me fío de usted, señor.

—Mi nombre es Arthur Murray.

—El mío Minella Haynes.

Poco después, Arthur abría la puerta de su habitación, haciéndolo con precaución, como si temiese ser de nuevo sorprendido por los asesinos. Se encontraba en una peligrosa situación y no sobraba ninguna medida de prudencia.

—Haga el favor de sentarse, señorita Haynes.

—¿Y usted? No permanecerá derecho…

—No se preocupe, puedo sentarme en el lecho. Lo hago de vez en cuando, resulta más cómodo.

—Pero no es correcto —le amonestó ella sonriendo.

—No la hubiese creído tan intransigente.

—Lo soy, no puedo remediarlo. Perdone, he venido para entrevistarme con Alan Drill.

Los negros ojos estaban fijos en los suyos, anhelantes. Arthur tragó saliva con dificultad y comprendió que se encontraba en una apurada situación.

—¿Es familiar suyo Alan Drill? —preguntó.

—Sí, es mi tío.

El joven se pasó la mano por la mejilla, mientras se obstinaba en mirar la ventana. Minella se levantó y llegó a su lado, apoyando la mano en su brazo. Se estremeció imperceptiblemente ante el contacto.

—Debe tener valor, señorita Haynes.

—¿Qué le ha sucedido a mi tío?

Una intensa angustia se reflejaba en los grandes y hermosos ojos negros. Arthur se decidió a decir la verdad; resultaba inevitable.

—Debe tener valor.

—¿Ha… muerto?

El joven asintió en silencio. Minella no pudo reprimir un sollozo. Él la cogió con suavidad. La muchacha se apoyó confiadamente en su pecho, sin cesar de sollozar.

—Tranquilícese, Minella.

La llevó hasta la silla, obligándola a sentarse. Minella todavía continuó llorando, habiendo desaparecido el color de su lindo semblante. Poco a poco éste fue retornando y levantó la cabeza, mientras musitaba:

—Pobre tío Alan.

Arthur no hizo el menor comentario, tan sólo conseguiría renacer la angustia de la joven.

Fue una medida acertada. Minella cesó de sollozar y cogió una mano de Arthur.

—¿Usted estuvo presente?

—Recogí sus últimas palabras.

—¿Le mataron?

—Sí.

—Lo suponía. Son unos asesinos.

—No pude evitarlo, no me fue posible.

—Usted se ha portado muy bien, le estoy muy agradecida. ¿Cómo ocurrió?

—Fue en el tren. Llegué a su departamento cuando un tipo le amenazaba con un cuchillo. Probablemente mi presencia precipitó los acontecimientos.

—Le hubiesen matado igual; no debe usted tener remordimientos.

—La acompañaré, se encuentra usted muy afectada.

—¿Le entregó algo para mí?

—Sí, un documento. Pero no es conveniente se lo de ahora, correría usted un grave peligro.

—¿Qué quiere decir?

—Esos hombres me han seguido. Anoche intentaron apoderarse de mí. Logré evitarlo por casualidad, sosteniendo una dura pelea contra esos bandidos.

—Deme ese documento, no debe usted continuar corriendo peligro por algo que no le concierne.

—Eso ahora carece de importancia. Estoy dispuesto a ayudarla. Me indignó contemplar el asesinato de su tío.

—Es usted muy generoso.

—No lo crea, quizá se deba a un sentimiento de curiosidad, unido a la indignación. Me gustaría que esos asesinos se llevasen su merecido castigo.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Llevárselo mañana a su domicilio. ¿Vive usted en Chicago?

—Sí.

—Deme su dirección. Es necesario tomar precauciones; esos hombres están decididos a todo con tal de apoderarse de ese documento. Esta mañana se ha presentado un hombre diciendo ser el interesado por mi anuncio.

—No es cierto. Tan sólo yo poseo la contraseña de mi tío. Tengo la seguridad de ello.

—¿Conoce usted a Charles Carroll?

—No.

—Ése es el nombre de ese individuo. Un oculto presentimiento me hizo recelar de él. Le mentí, diciéndole no haber recibido nada de su tío; tan sólo el ruego de comunicarle su muerte. Por esto me dio la consigna del anuncio. No he logrado engañarle, puede tener la seguridad de ello.

—Usted sospecha puedan estar vigilándole.

—Tengo la certeza de ello. Por eso deseo acompañarla; usted también estará en peligro.

—Quizá sea lo más prudente. No sé cómo podré pagarle cuánto ha hecho y está haciendo por mí.

Sin pronunciar palabra la acompañó hasta el lavabo, señaló el espejo y dijo:

—Haga desaparecer las huellas de su llanto. Quizá logremos engañarles, la cogeré del brazo y fingiremos estar enamorados.

—¿Lo cree necesario?

—Sí, aunque no creo conseguir ningún resultado práctico. Al parecer son unos hombres muy hábiles. ¿No cree conveniente comunicar todo lo ocurrido a la policía?

—No, no. Tío Alan no lo querría.

—Se trata de la mejor solución.

—Es posible, pero él no deseaba la menor publicidad.

Arthur ya no insistió. La joven deseaba mantener el secreto por el cual su tío perdió la vida y ella misma se encontraría en peligro.

Minella hizo desaparecer con habilidad las huellas del llanto y se volvió hacia Arthur.

—¿Se nota algo?

—En absoluto, está usted maravillosa… —Instantáneamente se detuvo—. Perdone, no ha sido mi propósito galantearla.

—Lo he comprendido, señor Murray.

—Llámeme Arthur, así evitaremos cometer un error. Debemos dar la sensación de estar enamorados. La llamaré Minella.

—De acuerdo.

No tardaron en estar en el vestíbulo. Arthur se hallaba a la expectativa, observando como un individuo fingía leer un diario. Tuvo la seguridad de obedecer las órdenes de Challes Carroll.

Apretó los dientes con fuerza, conteniendo sus deseos de llegar hasta él y darle su merecido. No le convenía, pues sería absurda su actitud para la que no hallaría justificación. Sujetando el brazo de

Minella, notando el perturbador contacto de su cuerpo juvenil, salieron a la calle.

El individuo del diario les siguió. Se cercioró de ello mirándole de soslayo, pues se detuvo fingiendo conversar animadamente con la joven. Aproximando los labios a la oreja de Minella, susurró:

—No me equivocaba, nos están siguiendo.

—Detenga un taxi.

—Aquí no lo creo conveniente, pudiera estar esperándonos.

—¿Quiere usted decir?

—Sí, son capaces de realizar cualquier estratagema. Ésta sería muy sencilla.

Continuaron andando, cruzando dos calles. Un taxi se aproximaba. Arthur levantó el brazo, atrayendo la atención del conductor, Este se apresuró a detenerse ante ellos.

Abrió la portezuela e indicó a la joven que entrase. Examinó con detención la cara del taxista. Éste era un hombre corpulento, de expresión bonachona. En forma alguna le creyó pertenecer a la cuadrilla de aquellos criminales.

Minella dio la dirección de su domicilio y el taxi arrancó. Arthur miró hacia atrás, viendo un coche negro. No se equivocaba, eran perseguidos por sus enemigos.

—Continúan siguiéndonos —murmuró Arthur.

—¿Está seguro? —respondió la joven, alarmada.

—No tengo ninguna duda. Se trata de un coche, lo tenemos detrás sin cesar.

—¿Qué vamos a hacer?

—Adoptar precauciones. Usted no debe arriesgarse a salir de casa.

—Trabajo, Arthur.

—No había pensado en eso. No vaya por sitios solitarios. Tan sólo debe ir de su casa al lugar de su trabajo.

—Es preciso comprar.

—Sí, lo más necesario. Su vida corre peligro, esos hombres no vacilan en matar. La prueba la tenemos en su desdichado tío.

Inmediatamente se arrepintió de haber pronunciado estas palabras, viendo cómo las lágrimas se agolpaban en los ojos de Minella. No obstante, debía hablar con claridad, evitando que la muchacha cometiese un lamentable error, quedando a merced de

sus enemigos.

Se inclinó hacia adelante y ordenó:

—Haga el favor de dar una vuelta por un lugar bastante solitario antes de llegar a la dirección que le hemos dado.

El taxista volvió la cabeza, examinándole con detención. Después asintió:

—De acuerdo, señor.

Siguió la indicación de Arthur, yendo por una solitaria avenida. El joven miró hacia atrás, comprendiendo no haberse equivocado; el coche negro continuaba viéndose, aunque a una distancia prudencial. De no haber sospechado la persecución, no se hubiera dado cuenta de ella. Los forajidos se portaban con habilidad.

Y se dirigió directamente al domicilio de Minella. La joven vivía en una casa de modesta apariencia. El barrio daba la sensación de ser tranquilo y honorable.

—¿Sube usted a mi casa?

—No es necesario. Deme su número de teléfono y la llamaré con frecuencia. Usted sabe dónde encontrarme.

Minella le dio el número del teléfono de su domicilio y de la tienda donde trabajaba, que anotó cuidadosamente Arthur. El joven pagó el importe de la carrera y descendieron del coche. El taxista les hizo un amigable ademán al despedirse. Tenía la seguridad de haber acompañado a una pareja de enamorados, muy lejos de su imaginación estaba la creencia de haber sido perseguidos continuamente por una cuadrilla de peligrosos criminales.

Al llegar a la puerta del edificio, Arthur estrechó con ternura la mano de Minella.

—Tenga mucho cuidado, no se arriesgue sin necesidad.

—Lo haré, Arthur.

No tardaré en verla, Minella.

Iba a alejarse y se detuvo.

—¿A quién debe entregar los documentos?

—No puedo decírselo. Ese secreto pertenecía a tío Alan.

—Ahora su tío ha sido asesinado, no debe olvidarlo. Es su vida la que corre peligro, deberé acompañarla.

Una sospecha cruzó por vez primera por la mente de Minella. No vaciló en exteriorizarla.

—¿No seré, usted un agente del F.B.I.?

—No, puede usted tener la seguridad de ello —respondió él sonriendo—. Mi nombre es Arthur Murray, ejerzo de profesor en una conocida Universidad. Puede informarse.

—¿Es usted profesor? Nunca lo hubiese imaginado.

—Por fortuna, mis alumnos no son tan incrédulos como usted. Me vería en la necesidad de demostrarles mi autoridad, siendo mi trato duro y áspero.

—Perdone, le he creído muy joven para ser profesor.

—Ya he cumplido los veintiocho años, Minella.

—Sí, es cierto. No había pensado en ello.

Arthur no veía al coche negro. Éste pasó junto a ellos al detenerse el taxi. Probablemente alguien estaría con la mirada fija en ellos, siguiendo todos sus movimientos. No le gustaba aquella situación, pues se encontraba a merced de la iniciativa de aquellos asesinos.

Si éstos hubiesen sospechado que el codiciado documento se encontraba en el interior del bolsillo de su chaqueta, no hubieran vacilado en atacarle. Aunque antes adoptasen todas las precauciones necesarias para no fracasar.

—Adiós, Minella.

Y se alejó, mientras ella entraba en la casa.

No estaba tranquilo y se sabía dominado por un vivo desasosiego. Tenía la seguridad de estar amenazados por algún peligro inminente. Hasta entonces no sintió ningún temor, llegando hasta encontrar divertida aquella situación.

Ahora todo era distinto; la seguridad de Minella estaba en juego. Por nada de este mundo hubiese querido que le ocurriese algo grave a la joven. Le impresionó su delicada belleza y cuánto vio en ella. Sus reacciones, su forma de ser. Ahora, al alejarse de su lado, notaba un inmenso vacío a su alrededor.

¿Se había enamorado?

Este pensamiento le hizo fruncir el ceño. No era posible, no iba a enamorarse de una joven a la que acababa de conocer. Los poetas aseguran que el amor se presenta de improviso, poniendo como ejemplo a un adorable chiquillo, arrojando flechas. Éstas se clavaban de pronto, sin previo aviso, en los corazones de las personas a quienes iban destinadas. Y se carecía de posibles defensas para evitarlo.

Quizá fuese éste su caso. Trató de alejar estos pensamientos, pero no le fue posible. Al contrario, volvió a evocar la esbelta figura de Minella Haynes.

Anduvo con lentitud, hasta detenerse a encender un cigarro, mirando con discreción hacia atrás. Creyó ver a un individuo ocultándose precipitadamente. No tuvo la menor duda de ser seguido. La situación resultaba peligrosa en extremo, creyendo difícil salvarla.

Y entonces recordó la orden del inspector Ferguson. Acababa de cometer un lamentable error, pues no acudió a la Comisaría para prestar declaración. Y debía hacerlo cuanto antes.

Inmediatamente detuvo un taxi, facilitando al conductor la dirección de la comisaría. Se dejó caer en el respaldo del asiento, mientras se pasaba una mano por la frente.

CAPÍTULO V

El inspector Ferguson miró a Arthur con fijeza, mientras le señalaba una silla.

—Haga el favor de sentarse, señor Murray.

El joven obedeció en silencio. El inspector le observaba, mientras jugueteaba distraídamente con un, lápiz.

—¿Ha venido a prestar declaración?

—Sí, señor.

—Creí haberle dicho que debía haberla hecho esta mañana.

—Sí, la culpa es mía. Anoche salí con unos amigos y me he despertado tarde.

—Ya. Desde luego no me gusta su conducta. Su obligación era colaborar con la justicia. Se trata de un asesinato y es usted el único testigo. Es algo muy serio.

Arthur no pudo menos de enrojecer ante la dura reprimenda. Respiró profundamente antes de responder:

—Lo lamento, inspector Ferguson.

—Bien, le tomaré declaración.

Y Arthur volvió a explicar su anterior versión, tal como la recordaba. No quería tener un nuevo error. Un taquígrafo fue tomando la declaración, firmándola Arthur, tras haberla leído.

—Todo correcto, ¿verdad, señor Murray?

—Sí.

—Nuestros taquígrafos no suelen equivocarse.

—Siempre puede existir un error.

—Ha hecho bien en cerciorarse, no se lo censuro. Aunque los errores se cometen la mayoría de las veces en los declarantes.

—Yo…

El inspector Ferguson alzó la mano.

—No he querido indicarle a usted, Murray. Es usted profesor de una de nuestras más acreditadas universidades, y posee una

excelente reputación.

—He empezado ahora mi carrera, inspector. Mi reputación aún no existe, debo creármela todavía.

—Es usted modesto, Murray. Tan sólo el hecho de ocupar su cargo, ya le confiere el derecho de una completa honorabilidad.

—Eso le ocurre a cualquier persona, aunque trabaje en un taller o unas oficinas —respondió Arthur con aplomo.

El inspector Ferguson no pudo menos que morderse los labios despechado. No obstante, se apresuró a sonreír y asintió.

—Su contestación ha sido muy atinada.

—Todos somos iguales, inspector. Diferentes cargos y empleos, pero todos son necesarios.

Volvió a asentir el inspector. Después dijo:

—Si lo desea puede fumar. No debe sentirse incómodo.

—Gracias, es usted muy amable.

—¿Continúa estando convencido de no reconocer a los asesinos si los volviese a ver?

—Apenas me fue posible fijarme en ellos. Quedé sorprendido al encontrarme con aquella escena.

—Es natural, no puedo censurárselo. A cualquiera le habría ocurrido lo mismo. Ver cometer un crimen no es cosa corriente.

—Hubiese querido correr tras los asesinos pero ya se encontraban al final del vagón y no hubiera conseguido darles alcance. Por esto me apresuré a examinar a la víctima, cerciorándome de que estaba muerto.

—¿Inmediatamente se dio cuenta de que estaba muerto?

—Sí. Ya le dije ayer que estuve en Corea y he visto numerosos cadáveres.

—Me acuerdo de ello, Murray.

Hubo una pausa. Pese a su serenidad, Arthur sentíase intranquilo. No era agradable prestar declaración sobre un asesinato y más cuando no se decía toda la verdad; estaba ocultando lo más importante.

Exhaló una bocanada de humo y notó fija en él la mirada del inspector Ferguson.

—¿Cuándo se marcha de Chicago?

—Probablemente mañana, aún no lo he decidido.

—No se le olvide dejar su dirección.

—Me acordaré. No se preocupe por ello.

—Sería lamentable tener que buscarle.

—¿Soy sospechoso de haber cometido ese crimen? —preguntó Arthur con ironía.

—No, no. ¿Por qué iba usted a asesinar a un hombre como Alan Drill? No me puedo explicar ningún motivo.

—A veces existen y están ocultos.

—Es cierto. Es usted muy sagaz, Murray.

—No, tan sólo sentido común. Además, he leído bastantes novelas policiacas.

—¿Las novelas policiacas? Puedo creerlo, muchas de ellas se parecen a la realidad.

—¿Me necesita, inspector?

—Ya no, y perdone las molestias que le haya podido causar.

—No es ninguna molestia, mi deber es colaborar con la justicia, y más tratándose de un crimen. ¿Ha conseguido usted indicios para detener a los criminales?

—Por desgracia, no. He logrado mantener secreto el asesinato, pero mañana ya no podré evitar se dé publicidad. Los periodistas han accedido a darme veinticuatro horas de tiempo.

—¿Consigue usted algo manteniendo el crimen en secreto?

—Sí, los asesinos pueden creerse seguros y cometer algún error.

—Creo comprenderle.

—Se trata de la experiencia propia de la profesión.

Arthur se levantó, imitando al inspector. Éste ya daba la entrevista por terminada. Sorprendido vio cómo Ferguson le alargaba la mano, él no vaciló en estrecharla.

—Le deseo una feliz estancia en Chicago.

—Gracias, es usted muy amable.

Respiró tranquilo al encontrarse en la calle. No había engañado al inspector, pues éste sospechaba que le ocultaba algo. No le creía cómplice del asesinato, pues su forma de estrecharle la mano fue sincera.

Minella se estaba cambiando de ropa y no pudo evitar que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas. Alan Drill siempre vivió con ella, habiéndose portado como un padre, profesándole un intenso cariño. Por eso le afectó tanto su muerte.

Ahora se encontraba completamente sola, sin familiar alguno.

Esto la tenía sin cuidado, pues se bastaba para vivir dignamente. Trabajaba de dependienta en una zapatería y ganaba un buen sueldo.

Sabía que su tío estaba mezclado en un asunto peligroso, aunque nunca pudo llegar a suponer fuese asesinado. El pobre tío Alan expuso su existencia por aquel descubrimiento y ella haría cuanto estuviese a su alcance para entregar el documento a su legítimo propietario.

De pronto se sobresaltó. Le pareció haber oído cerrarse la puerta de su piso. Esto no era posible, pues ella, al entrar, la cerró cuidadosamente.

Se puso con rapidez un jersey y se abrochó la falda. Su temor aumentó, pues oyó unos pasos muy cerca.

—¿Quién está ahí? —inquirió procurando no asustarse.

No recibió contestación. Se volvió y lanzó un grito de espanto. En el umbral de la puerta había un hombre. Éste sonreía sarcástico.

—¿Te has asustado, muñeca?

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha entrado?

El hombre avanzó hacia ella y apareció otro en el umbral.

—No hagas tantas preguntas.

—Salgan enseguida de mi casa. ¿Cómo se han atrevido a entrar?

—Necesitamos hacerte algunas preguntas —respondió Yul Alchurch sonriendo de forma innoble.

Su mirada recorría el atractivo y juvenil cuerpo de Minella. En ella se reflejaba la lascivia. La muchacha se estremeció de asco.

—Si no se van, llamaré a la policía.

—No lo intentes, sería peor para ti.

Alchurch se hallaba muy cerca de ella. Retrocedió, deseando evitar el contacto. El forajido alargó la mano para asirla del brazo. Minella lo evitó con un rápido ademán y trató de salir de la habitación. No lo logró porque el otro pistolero se lo impidió.

Con violencia, Alchurch la aferró por la cintura, mientras mascullaba.

—No te pongas arisca, será peor.

—Suélteme.

—Antes debo hacerte algunas preguntas, preciosidad.

—No le contestaré.

—Será peor. Te conviene hacerlo.

El tono del pistolero indicaba estar decidido a cumplir su amenaza. La muchacha se estremeció.

—¿Dónde tienes el documento?

—¿Qué documento?

—No trates de hacerte la tonta. No te valdrá de nada, preciosidad.

—No sé de lo que me están hablando.

—Lo llevaba tu tío, Alan Drill. ¿Acaso ignoras lo que le ha sucedido?

No le fue posible contener un sollozo, mientras exclamaba:

—¡Asesinos! Ustedes le mataron.

La mano de Alchurch oprimió con fuerza la boca de la muchacha.

—No grites, no te conviene.

Minella, enfurecida, logró morder un dedo del pistolero. Éste lanzó un aullido de dolor y la soltó, propinándole un empujón. La muchacha retrocedió con violencia, hasta chocar contra la pared.

—¡Víbora! Te voy a destrozar.

Y avanzó amenazador. Minella se irguió.

—Ya puede pegarme, si lo desea.

La actitud firme y decidida de la joven se impuso a Alchurch, deteniéndose indeciso. Se pasó la mano por el rostro, mientras contemplaba las huellas que habían dejado en su dedo los dientes de Minella.

—Bien, si eres buena chica no te pegaremos. Entréganos el documento.

—No lo tengo.

—Él tampoco lo tiene. Tan sólo me ha informado de la muerte de mi tío. Hasta ahora lo ignoraba.

Esta contestación impresionó a Alchurch, pues coincidía con lo dicho por su jefe. Charles Carroll también recibió esta contestación de Murray.

—¡Bah, a otro perro con ese hueso! No lograrás engañarme. Arthur Murray te lo ha entregado.

La joven podía estar diciéndole la verdad, siendo inútil toda insistencia. Sin embargo, su natural desconfiado se imponía, su torva mirada estaba fija en Minella.

—¿Dónde está el documento?

—Le he dicho la verdad.
—Como tú quieras, voy a registrarse.
Y se lanzó sobre ella, asiéndola brutalmente. La muchacha no pudo oponerse y echó la cara hacia atrás. Notaba el aliento nauseabundo del malhechor.
Las manos de Alchurch la registraron concienzudamente, recreándose en acariciar el cuerpo de la muchacha. Los ojos del forajido brillaban de lujuria, pero la presencia de su cómplice le impedía dar rienda suelta a sus deseos.
—No llevas nada encima —masculló.
La soltó y miró a su compañero.
—Ten cuidado con ella. No debe escaparse.
—Descuida —respondió el pistolero echándose a reír.
Alchurch registró la estancia y el resto del piso, sin preocuparse lo más mínimo de cómo dejaba las cosas.
La mayor parte de éstas quedaban tiradas por el suelo. Minella protestó por este desorden.
—Tenga cuidado.
El malhumor de Alchurch aumentaba al ver defraudados sus esfuerzos. No dejó ningún rincón por registrar. Se detuvo y miró el bello semblante de la joven.
—No he encontrado nada.
—Ya se lo había dicho, no ha querido creerme.
—Y continuo sin creerte, preciosidad.
—Siga registrando. No vacile en destrozarlo todo, así acabará de convencerse.
—No trates de burlarte. Vas a venir con nosotros. El jefe conseguirá arrancarte la verdad.
En el semblante de Minella se reflejó el horror.
—Ustedes no harán eso.
—Ya lo creo. Y no trates de oponer resistencia o atraer la atención de un agente. Te costaría caro.
La joven arregló el desorden de sus ropas. Aún parecía notar en su cuerpo el contacto de las manos del forajido. Su cuerpo fue sacudido por un estremecimiento de asco.
Con un gesto, Alchurch señaló la puerta.
—Te lo advierto por última vez, no trates de gritar.
Y empuñó un cuchillo, apretó el resorte y apareció una lengua

de acero. Hizo un movimiento expresivo, demostrando no vaciar en clavarlo en el cuerpo de la joven.

El otro pistolero abrió la puerta e indicó a Minella que podía salir. La cogió del brazo, ella no hizo nada por desasirse. Primero por comprender su impotencia, segundo por no notar en la mano del forajido la excitación sexual de Alchurch.

Con una ganzúa, Alchurch cerró la puerta, mostrándola a Minella.

—Lo estás viendo, preciosidad. Nos ha sido muy fácil entrar en tu piso. Soy poseedor de una gran habilidad.

Y soltó una carcajada, orgulloso de la proeza realizada.

Una vez en la calle, se colocaron a ambos lados de la muchacha, evitando cualquier intento de fuga. Alchurch continuaba sosteniendo el arma, oculta en un bolsillo de su chaqueta. Masculló amenazador:

—No intentes nada, te destrozaría esa linda carita.

Minella estaba convencida de estar dispuesto a cumplir su amenaza aquel miserable. No tenía la más ligera esperanza de poder escapar, resignándose a su suerte.

Frente a la casa estaba detenido el coche negro. Ahora comprendió que no estaba equivocado Arthur al afirmar que estaban siendo perseguidos. Aquel coche les siguió implacable, aprovechando la ausencia del joven profesor para atacarla.

Sus labios se movieron, pronunciando una muda plegaria. Rogaba por ser salvada de aquella horrible situación, confiando sólo en Arthur Murray. No lo podía remediar, se fiaba por completo en el joven profesor.

Entró en el coche tras el pistolero, obedeciendo la indicación de Alchurch. Éste soltó una carcajada.

—Te has portado como una buena chica, sin darme ocasión a cumplir mi amenaza. No lo lamento, hubiese sido enojoso estropear esa cara tan bonita. Siempre tendré ocasión para hacerlo. El jefe lo ordenará si no le respondes la verdad. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Ya puedes emprender la marcha —ordenó Alchurch al conductor.

Éste obedeció sin la menor vacilación. Alchurch extrajo su pañuelo de un bolsillo y lo examinó.

—No puedes quejarte, está limpio. Aún no lo he usado.

Y se echó a reír ruidosamente, como si acabase de decir un chiste. Minella no podía ocultar su repugnancia.

Con un brusco movimiento le cubrió los ojos con el pañuelo, sin hallar resistencia. La joven continuó inmóvil, comprendiendo la inutilidad de resistir. El pañuelo estaba limpio, como acababa de afirmar el miserable, pero olía fuertemente a tabaco.

—Así será mejor, pequeña —comentó Alchurch sonriendo—. Lo hago por tu bien. Si el jefe decide dejarte libre, podrá hacerlo tranquilo, pues ignoras su refugio. Si no fuese así, nos veríamos obligados a eliminarte. Me he portado bien contigo, pese a tu agresividad.

Estas palabras eran ciertas, comprendiéndolo Minella. Permaneció quieta en el coche, pues no deseaba complicar su apurada situación. Notaba el contacto de las piernas de Alchurch, reprimiendo su repugnancia.

Por fortuna el coche no anduvo mucho, no tardando en detenerse. Notó como el pistolero saltaba a la acera. Los labios de Alchurch estaban muy cerca de su oreja.

—Baja y anda con rapidez. No intentes detenerte, no te conviene.

Ella se apresuró a obedecer. Tanto por temor a su amenaza, como por librarse de su repulsivo contacto.

El otro forajido la cogió de la mano, haciéndola entrar en un portal. Después la asió del brazo, mientras decía:

—Suba los escalones. Con sólo son seis.

La mano brutal de Alchurch le arrebató el pañuelo.

—Ya puedes mirar cuánto desees.

Se encontraba en una estancia destartalada, desprovista de muebles, tan sólo vio unos carteles arrimados a la pared. Estos carteles estaban pintados a mano, aunque distaban mucho de ser objetos de arte, ni tan siquiera lo intentaban. Eran simplemente carteles de anuncios.

¿Dónde se encontraba?

En realidad no le importaba, tan sólo saldría de allí con el consentimiento de aquellos asesinos. Si éstos deseaban matarla, nada ni nadie podría evitarlo.

La sacudió otro estremecimiento. El terror volvía a apoderarse

de ella. Alchurch la observaba sonriente, satisfecho del efecto causado. De esta forma la cautiva no intentaría escaparse, siendo más fácil la situación.

Salió por una puerta situada en el fondo. Minella se arrimó instintivamente a la pared. El pistolero la observaba, habiéndose situado junto a la puerta de salida, evitando de esta forma una posible huida. No lo creía pues el aspecto de la muchacha indicaba estar atemorizada, pero todo podía ser posible.

Sonaron pasos y entró Alchurch, acompañado de un individuo alto y delgado, vestía con elegancia y se cubría los ojos con unas gafas oscuras. Se detuvo, mirando a la joven.

—No me gusta esto, Alchurch. No debiste haberla traído.

Estas palabras fueron pronunciadas en voz baja, y no fueron oídas por Minella. El forajido se disculpó.

—Creí conveniente traerla, podrás interrogarla.

—Ahora ya está hecho.

Se aproximó a la joven, examinándola con detención.

—¿Cómo se llama?

—Minella Haynes.

—Alan Drill era su tío, ¿verdad?

—Sí.

—Lamento lo ocurrido, puede creerme. Los muchachos se precipitaron a cumplir las órdenes, demasiado celo en su profesión. Eso no se pueda remediar.

La muchacha estaba horrorizada ante el cinismo de Charles Carroll. Aquel hombre aún resultaba más odioso que Alchurch. Los delgados labios de Carroll esbozaron una sonrisa, como si adivinase los pensamientos de Minella.

—Sí, yo también me dejo llevar por el entusiasmo de mi profesión, no puedo evitarlo. A veces cometo algunos errores —se encogió de hombros, como indicando no darle importancia—, pero debe disculparse debido a mi impulsividad.

La joven permanecía silenciosa. Aquellos miserables eran capaces de maltratarla para arrancarle una confesión. Resistiría sin pronunciar una sola palabra. De hacerlo pondría en peligro la vida de Arthur Murray, y el joven no era merecedor de esta suerte, pues intervino impulsado por el deber de cumplir la última voluntad de un moribundo.

—¿Dónde está ese documento, señorita Haynes? —preguntó con suavidad Carroll.

—No lo sé.

—No trate de engañarme. Arthur Murray se lo ha entregado. Ese entrometido profesor pagará cara su intervención en este asunto.

—Él no lo tiene —se apresuró a responder la muchacha.

—¿No? Estoy convencido de lo contrario. Permaneció durante unos minutos con su tío antes de fallecer. Tardó mucho tiempo en dar la señal de alarma, Alan Drill tuvo tiempo sobrado para entregarle el documento.

—A mí me ha asegurado no haber recibido nada de mi tío. Tan sólo le dio la contraseña del anuncio para avisarme de su muerte. Esto ha sido todo.

Charles Carroll movió la cabeza negativamente, mientras sonreía de forma siniestra.

—No me engañarán. Tendré ese documento, aunque sea preciso matarles, no se le olvide.

La muchacha se estremeció. El tono de aquel hombre indicaba estar decidido a cumplir su amenaza.

CAPÍTULO VI

Arthur cogió el auricular y marcó el número de teléfono del domicilio de Minella. El timbre sonó, haciéndolo tras breves intervalos. Esperó en vano ser contestado y un pliegue apareció en su frente.

No le gustaba aquello, pues se trataba de una hora en que Minella decía encontrarse en su casa. Quizá la joven salió a comprar algo o efectuar una diligencia, pero no lo creía posible. Notó como en el interior de su ser nacía una intensa angustia.

Tuvo la seguridad de que le había ocurrido algo desagradable a Minella. Sus dedos se crisparon alrededor del auricular, mientras seguía sonando el timbre con monotonía. Colgó, la muchacha no se encontraba en el piso, pues tuvo tiempo sobrado de contestar, aunque se encontrase en la ducha.

Ella sabía que la llamaría y que no debía hacerle esperar. Su rostro expresaba cuánto era su temor. Aquellos asesinos eran capaces de haberse apoderado de ella, en la creencia de ser la poseedora del documento. Eran individuos sin escrúpulos, capaces de las más viles acciones con tal de conseguir su objetivo.

Se pasó una mano por la frente, que estaba cubierta por un repentino sudor. Ahora sentía miedo, cosa nunca conocida por él. En Corea y en su reciente aventura en Chicago notó cierto desasosiego y cómo el temblor se apoderaba de él, aunque dominándolo.

Tan sólo estaba en juego su vida y todo se acabaría cuando un balazo o un fuerte golpe le matase. No le impresionaba mayormente, alguna vez se tiene que morir. Esta frase, muy divulgada, era cierta. Con la muerte ya nada importa.

Ahora era muy distinto. Tenía miedo, y esto le impedía casi respirar. La vida de Minella estaba en peligro y él no podía permitirlo, debiendo hacer cuanto estuviese a su alcance para

salvarla. Si sus temores quedaban justificados, no vacilaría en acudir al inspector Ferguson, poniéndole al corriente de todo lo ocurrido desde su llegada a Chicago. Aunque le ocultaría la existencia del documento. Esto no podía decirlo, se lo impedía la promesa hecha al moribundo.

Anduvo nerviosamente hasta llegar al apartamento de Horace. Benny levantó la cabeza y sonrió.

—Me alegro de volverle a ver. Me será posible fumar un cigarro tranquilo y beber un trago. Por…

Se detuvo bruscamente, fijándose en el demacrado semblante del joven. Se pasó la lengua por sus resecos labios e inquirió.

—¿Qué diablos le ha ocurrido?

—Algo terrible, Benny. Si se cumple mi presentimiento, soy capaz de matarle.

—Yo no he hecho nada. No puede acusarme de haberle traicionado. Le estoy ayudando en todo lo posible, pese a no fiarse de mí. No se lo he censurado.

—Lo sé, pero no deberá ocultarme nada. Necesito su ayuda.

Benny movió la cabeza con lentitud.

—Le he dicho cuánto sé. Alchurch me ofreció una cantidad para apoderarnos de usted. Esto es todo.

Arthur le miraba con fijeza. Una vez más le creía, aquel pistolero era sincero. Le estaba agradecido por no haberle denunciado a la policía. De él no obtendría más información.

—Se han apoderado de una joven, son capaces de matarla.

Benny asintió. Sus compañeros podían llegar incluso a cometer cualquier felonía. Él conocía muy bien a Alchurch y sabía su decisión para quitar de en medio a una persona, sin importarle la edad ni sexo; era un asesino.

—¿Está usted enamorado de ella?

El joven se sobresaltó al oír la repentina pregunta del pistolero.

—No lo sé. Pero se trata de una joven inocente.

—Eso no le importa a Alchurch.

—Lo sé. Cuando le agarre le obligaré a decirme dónde se encuentra Minella.

—Le será muy difícil conseguirlo. Alchurch es muy peligroso, casi siempre está acompañado por secuaces suyos.

—No me importa, lograré sorprenderle.

—Es usted muy decidido.

El joven lo desató y buscó una botella de cerveza en la nevera; sonrió al decir:

—Horace se lamentará de haberle desvalijado.

Benny bebió un trago con avidez, pasándose el dorso de la mano por los labios. Encendió un cigarro y saboreó el aroma del tabaco con deleite. Se notaba su satisfacción, en su mirada se advertía el agradecimiento hacia su aprehensor.

—Me gustaría poderle ayudar con mayor eficacia, pero no me es posible.

—Voy a dejarte libre, Benny.

—¿De veras? —inquirió el pistolero con avidez.

—Sí, con la promesa de no traicionarme.

—Ya se la he hecho. También tengo palabra de honor.

El joven no pudo evitar sonreír, ante la seriedad con que le respondió Benny.

—No eres mal muchacho, podrías rehabilitarte y convertirte en un hombre honrado.

—¿Cree que vale la pena? —replicó Benny haciendo un gesto ambiguo.

—Puedes tener la seguridad de ello. Es hermoso vivir con la conciencia tranquila, sin tener temor de las autoridades.

—No me venga con sermones, señor. Eso no se lo tolero. Le he prometido no intentar nada contra usted, eso debe bastarle.

—Así es, Benny.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó Benny de súbito.

—Profesor.

—¿Profesor? ¿De esos que enseñan a los estudiantes?

—Sí.

—No es posible.

—¿Por qué no ha de serlo, Benny?

—Su aspecto es muy distinto. Es usted joven y fuerte, sabe pegar bien y con eficacia.

—Un profesor no debe ser forzosamente un hombre inteligente y débil físicamente. He practicado varios deportes cuando estudiaba.

—Le admiro, profesor.

Y bebió otro trago de cerveza.

Arthur le volvió la espalda y se dirigió hacia donde se

encontraba el teléfono. Marcó un número, oyendo casi inmediatamente el repiqueteo del timbre. Nadie respondía. Esta vez no se sorprendió, pues lo esperaba. Estuvo medio minuto con el auricular oprimido en su oreja, escuchando el timbre.

Colgó. Su gesto fue desalentado. Benny le observaba y comentó.

—La chica no le responde, ¿verdad?

—No —mascullo Arthur entre dientes—. Como le haya ocurrido algo grave a Minella, mataré a Alchurch.

El forajido se estremeció. El tono del joven había sido feroz, teniendo la seguridad de intentar cumplir su amenaza y realizarla. No le hubiese gustado encontrarse en el pellejo de Alchurch.

—Vámonos.

—Enseguida, señor profesen. Déjeme terminar esta cerveza, la encuentro riquísima.

Terminó de bebérsela. Arthur ya se dirigía hacia la puerta.

—Señor profesor.

—Su amigo se sorprenderá al no verme.

—Es cierto. Le dejaré una nota.

Escribió apresuradamente en un papel.

> «Querido Horace: He dejado en libertad a tu improvisado huésped, no debes preocuparte. Todo va bien. Hasta la vista, Arthur».

Recogió la otra nota y la prendió fuego, dejando las cenizas en un cenicero. Dejó en su lugar la otra y salió con Benny. Una vez en la calle, dijo:

—Ya puedes marcharte, Benny.

Éste titubeó y musitó:

—Le estoy muy agradecido, profesor. Es usted un gran tipo, le deseo mucha suerte y logre rescatar a esa joven. Se ha portado muy bien conmigo, no lo olvidaré.

Arthur le miró y le tendió la mano.

—Yo también te deseo suerte, Benny.

—¿De veras me da usted la mano?

—¿No lo estás viendo, mamarracho? —le respondió el joven, sonriendo.

El pistolero se la estrechó con fuerza, su semblante denotaba estar emocionado. Después se alejó precipitadamente.

Se encogió de hombros. Tenía la seguridad de no haberse equivocado, Benny no le traicionaría. Creyó en su sinceridad. Al contrario, si se le presentaba la oportunidad de ayudarle, lo haría.

Se encaminó directamente al lugar indicado por Benny. No tenía ningún plan de acción. Actuaría tal como se presentasen las circunstancias. De una cosa estaba convencido: no le importarían los riesgos con tal de apoderarse del forajido.

Se detuvo, examinando con curiosidad el bar. Éste ofrecía un aspecto inequívoco, siendo frecuentado por gente del hampa. Sentadas a la barra vio a algunas llamativas mujeres. Con decisión entró, pidiendo una jarra de cerveza.

El *barman le miró con curiosidad. No era frecuente ver a individuos como Arthur en aquel local, aunque de vez en cuando entraban algunos ávidos de correr una aventura. Le sirvió con rapidez. El joven, tras preguntar el precio, dejó una moneda sobre la barra.*

—¿Me invita?

Una rubia platino lo examinaba con lánguida mirada. En ella le prometía todos los goces terrenales.

—No faltaba más, encanto.

—¿Ocupamos una mesa? Estaremos rodeados de una mayor intimidad.

—Sí, será lo mejor —asintió el joven.

No podía haber encontrado nada más favorable. Algunas miradas ya se clavaban en él con curiosidad. Al estar sentado con la rubia, su presencia dejaría de llamar la atención.

No tardaron en instalarse en un rincón. Ahora Arthur miró a su alrededor escrutadoramente. La rubia se apoyó en su brazo y susurró:

—¿Te ha gustado encontrarme?

—Sí, no esperaba tener tanta suerte.

—¿De veras?

—No tengo ninguna necesidad de engañarte.

Ella le cogió la mano, estrechándosela con ternura. Sentíase atraída por el apuesto desconocido.

Arthur bebió y fingió estar interesado por su acompañante. Conforme pasaba el tiempo sentíase defraudado. Alchurch no se encontraba en el local cuando entró, y no se presentaba. Una rabia

inaudita se estaba apoderando de él. El tiempo pasaba y Minella podía encontrarse en una horrible situación.

Este pensamiento le atormentaba sin cesar, sintiéndose dominado por una gran angustia. A veces hasta llegaba a olvidar a su acompañante. La rubia platino le preguntó:

—¿Pareces preocupado?

—No, en absoluto. Quizá se deba a tu proximidad.

—Podemos ir a mi apartamento y preparar cena para los dos.

Y le envolvió en una intensa mirada.

—Aún es pronto. Quisiera continuar bebiendo; tengo sed.

—Como quieras.

Un camarero se apresuró a servirle. El desconocido era un buen cliente. Ya llevaba pedidas tres consumiciones dobles. Arthur se pasó dos dedos por el cuello de su camisa, como si tratase de respirar con mayor libertad. Bebía cerveza, de esta forma no corría al riesgo de embriagarse.

—Tienes mucha sed.

—Sí, el día ha sido muy caluroso, necesitaba beber.

—Yo prefiero los martinis.

—Bebe lo que quieras.

La mirada del joven se animó. En aquel momento vio cómo Alchurch entraba en el bar, acompañado de un individuo de siniestra apariencia. Sus dedos apretaban el mango del cuchillo. Continuaba en su poder y no vacilaría en usarlo de encontrarse en una apurada situación.

Siguió los movimientos de Alchurch, viéndole sentarse en una mesa. Dos rubias de ondulante andar se aproximaron a ellos. Alchurch las miró sonriendo y guiñó un ojo de forma soez.

Ellas se sentaron. Alchurch pasó un brazo por el talle de una, pellizcando su cadera.

—Un momento, encanto —dijo Arthur levantándose.

Había tenido la precaución de ir pagando cuánto consumieron. De esta forma podría marcharse cuando quisiera, sin encontrar la menor dificultad.

—¿Tardarás en volver? —preguntó la rubia platino con languidez.

—No lo creo. Voy a saludar a un conocido.

Ella le miró con repentina sospecha.

—¿Un conocido tuyo en este lugar?

—Sí. ¿Por qué no puedo tenerlo?

—No lo sé, tu aspecto es muy distinto.

—Hasta luego.

Se encaminó hacia donde estaba sentado Alchurch. Lo hizo de forma que no pudiese ser visto por éste, para ello debería volver la cabeza, y estaba muy atareado con su agradable compañía.

Con calma oprimió el resorte dentro del bolsillo de su chaqueta, haciendo aparecer la hoja de acero. Con el cuchillo oculto llegó junto a Alchurch. Con brusquedad se dejó caer sobre él, apretándole un brazo con fuerza, mientras apoyaba el cuchillo en su costado.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Alchurch!

Éste se sobresaltó al notar la presión ejercida por Arthur, soltando una blasfemia. Al mirarle, su rostro palideció intensamente.

—¿Usted? —exclamó.

—Sí, soy yo. No esperaba verme, ¿verdad?

—No, y lamentará haber venido a este lugar.

Y trató de desasirse y levantarse, pero Arthur mantuvo con firmeza su presión, evitándolo. Apretó el cuchillo y la punta de éste se clavó en el cuerpo del forajido, obligándole a proferir un gemido.

—Estoy dispuesto a matarle, Alchurch —masculló el joven con contenida furia.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Alchurch El tono de su enemigo indicaba estar dispuesto a cumplir su amenaza sin la menor vacilación. Conocía a los hombres, y aquél estaba decidido a todo.

Excepto el acompañante de Alchurch y las dos mujeres, nadie se dio cuenta de lo ocurrido. Arthur deseaba no atraer la atención sobre sí, pues esto aumentaría las dificultades de su arriesgada empresa.

Las dos mujeres daban muestras de un profundo terror, debido a lo inesperado de aquella situación. El forajido se levantó, dispuesto a agredir a Arthur.

—Ordénale que se esté quieto o te mato —amenazó.

—Estate quieto, Richard. Se trata de un asunto particular.

El pistolero quedó indeciso. Arthur volvió a apretar el cuchillo y Alchurch se mordió los labios para no gemir de nuevo.

—Debe sentarse —ordenó Arthur.

—Siéntate, Richard.

En esta ocasión fue obedecido. Arthur ya empezaba a creer en el éxito de su arriesgada acción. Alchurch parecía estar atemorizado, su rostro estaba cubierto de sudor.

—Vamos a marcharnos, Alchurch. No trates de oponerte, sería peor. No tengo ninguna simpatía por ti y no me disgustaría clavarte este cuchillo.

—Bien, nos iremos.

Se levantó con la intención de aprovechar un descuido de su enemigo para lanzarse sobre él. Si lo conseguía, con la ayuda de Richard le darían su merecido.

No tuvo esta oportunidad. Arthur se colocó de forma que mantenía la presión de su cuchillo en su costado. Su voz sonó con frialdad.

—No intentes nada contra mí.

La rubia platino tenía la mirada fija en Arthur, su atractivo semblante indicaba su sorpresa y desilusión.

—No le intereso. Me ha hecho servir como escudo para sus fines. Es odioso.

Ya se encontraban en la calle. Alchurch miró a su alrededor, como si tratase de buscar una salida a su desesperada situación. Arthur lo advirtió, comentando con sarcasmo:

—Ya puedes llamar la atención de la policía; veremos qué versión te parece más interesante. ¿Por qué no pruebas, Alchurch?

Éste no respondió, sometiéndose a su situación. Conocía a los hombres y Arthur no vacilaría en cumplir su amenaza de clavarle el cuchillo. Y no deseaba ocurriese esto.

—¿Adónde me va a llevar?

—A un lugar donde podamos hablar sin testigos. Echa a andar.

El joven alzó de improviso el brazo izquierdo, deteniendo a un taxi. La distancia hasta el apartamento de Horace era excesiva para intentar ir andando. Abrió la portezuela y ordenó:

—Entra.

Así le hizo. Pero se echó con rapidez sobre el asiento tratando de propinar un puntapié a Arthur. El joven no se dejó sorprender por esta añagaza, esquivando la patada. Con rapidez dejó caer su puño izquierdo, golpeando el flanco de Alchurch. Éste lanzó un rugido de

dolor y cuando intentó revolverse, Arthur volvía a apoyarle la punta del cuchillo.

Todo esto sucedió con inaudita rapidez. El taxista creyó escuchar un ruido anormal en su coche, volviendo la cabeza. Vio a sus viajeros al parecer en correcta posición.

—¿Ocurre algo?

—Nada en absoluto. Haga el favor de llevarnos inmediatamente a esta dirección.

Y adelantándose susurró la dirección de Horace, no conviniéndole fuese oída por Alchurch. El coche arrancó, Arthur colocó al pistolero de forma que no pudiese ver el camino recorrido.

Respiró tranquilizado al encontrarse ante la pueril de la habitación de su amigo. Extrajo el cuchillo de bolsillo y colocó la punta en el cuelo de Alchurch. Ahora a éste le sería imposible tratar de escapar.

Abrió la puerta y ordenó:

—Entra.

CAPÍTULO VII

—Ahora vamos a hablar, amigo. Debes responderme con claridad, de lo contrario, lo lamentarás.

—Se equivoca. Usted y yo no debemos hablar de nada. Lo ocurrido anoche careció de importancia.

—Intentaron clavarme este cuchillo. Ahora la situación ha cambiado por completo, es posible que te lo clave a ti.

—Podemos darlo por olvidado. Será mejor para usted.

—¿Todavía te atreves a amenazarme?

Y le propinó un manotazo con el dorso de la mano. Le alcanzó en pleno rostro, haciéndole tambalear. Alchurch intentó atacarle, viendo la pirata del cuchillo amenazándole.

—Es usted muy valiente con el cuchillo.

—También tú vas armado, pero te voy a quitar las garras.

Se le acercó y le arrebató una pistola, la examinó con crítica mirada y se la guardó en un bolsillo, mientras comentaba:

—Es una buena arma.

Volvió a registrarle, arrebatándole un cuchillo.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones.

—No se burle. Continúa amenazándome con ese cuchillo.

—Ya no, Alchurch.

Y se guardó el cuchillo. El pistolero, lanzando un grito de alegría, se arrojó sobre Arthur. El joven estaba prevenido y le recibió con un terrible derechazo.

Alcanzado en pleno rostro, Alchurch dio un paso hacia adelante, cayendo de bruces. Arthur apartóse ligeramente, para evitar caérsele encima.

Se arrodilló a su lado y le obligó a dar media vuelta. Alchurch se apresuró a cubrirse, como evitando recibir más golpes. Le asió por la solapa y le zarandeó con violencia.

—Ahora vamos a empezar a hablar.

—No vuelva a pegarme.

—Lo haré como no respondas con la verdad. No necesito un cuchillo para reducir a la obediencia a un canalla como tú. Mi mayor deseo sería entregarte a la policía y presenciar cómo te sientan en la silla eléctrica.

—¿Qué quiere saber?

—¿Dónde se encuentra Minella Haynes?

—No sé quién es Minella Haynes.

—Mal empezamos, amigo. No tengo más remedio que pegarte.

Y alzó el puño derecho, con la intención de dejarlo caer sobre la cara del pistolero. Alchurch gimió.

—No me pegue. No puedo defenderme.

—Ya te he dado una oportunidad para hacerlo.

—Sé quién es Minella Haynes.

—Eso ya está mejor. ¿Dónde se encuentra?

—No lo sé.

—Te has apoderado de ella. Lo sé con toda seguridad, no trates de engañarme.

Arthur mentía con desfachatez. En la expresión de su adversario vio cómo no se equivocaba en su suposición. Alchurch había secuestrado a la muchacha.

Le invadió una furia inmensa. En sus ojos se reflejó el deseo de matar y sus dedos asieron el cuello de Alchurch con terrible potencia. Éste lanzó un grito de angustia, creyendo haber llegado su último momento.

—No me mate, le diré dónde está Minella Haynes.

El terror le invadía y tan sólo deseaba salvar su vida. Arthur Murray era capaz de matarle. Esto no lo deseaba en forma alguna, prefiriendo caer en poder de la policía.

—¿Dónde se encuentra?

—En un almacén de carteles.

—¿Dónde está situado?

—En una travesía de la cuarta avenida.

—La dirección concreta y la forma de poder entrar. Alchurch no vaciló en darle la dirección del almacén.

—Deberá llamar a la puerta, tan sólo hay un guardián y le será fácil sorprenderle.

Arthur le miró con fijeza.

—Te estás equivocando, Alchurch.

—¿Por qué? —preguntó el pistolero, inquieto.

—Tu seguridad depende de mi vida. Voy a dejar una nota a mi amigo Horace Clarke. Cuando se descubra mi cadáver, llamará a la policía y te entregará a ella.

—¿Y si le ayudo?

—Sintiéndolo mucho, te dejaré libre.

—¿De veras?

—Siempre cumplo mi palabra. Aunque si a Minella le ha ocurrido algo lamentable, te buscaré y te clavaré este cuchillo.

—Bien —respondió Alchurch después de tragar saliva apuradamente—. Le daré la contraseña y podrá sorprender al guardián. Debe decirle: «No tardará en amanecer» y aunque no le conozca, le dejará pasar.

—Deséame suerte. Tu suerte depende de la mía.

—Se la deseo.

—Levántate y siéntate en aquella butaca.

Y señaló la ocupada por Benny durante su cautiverio. Alchurch le miró receloso.

—¿Para qué voy a sentarme en esa butaca?

—Te dejaré atado. No puedo exponerme a dejarte escapar.

El pistolero comprendió no tener otra alternativa y se sentó. Arthur le ató, empleando las ligaduras conque sujetó a Benny, aunque asegurándose de no serle posible escaparse.

Se inclinó sobre su enemigo y le preguntó:

—¿Por qué asesinaron a Alan Drill?

—Para arrebatarle un documento.

—¿A qué se refería?

—Lo ignoro.

—¿No mientes?

—En absoluto. Tan sólo recibí el encargo de apoderarme de ese documento, lo demás no me importa.

El forajido no mentía. Tan sólo debía asesinar y cometer toda clase de fechorías para apoderarse del documento, entonces recibiría la cantidad prometida. Lo demás no le importaba.

Se volvió y escribió una nota para Horace. No pudo menos de sonreír. En el transcurso de aquel día era la tercera nota, siendo destruidas las dos anteriores. ¿La recibiría o se vería obligado a

cambiarla? Esto todavía resultaba probable.

Indicaba a Horace ser el detenido más peligroso que el anterior, no debiendo fiarse de él. Bajo ningún pretexto debía desatarle. Si lo hacía, corría el peligro de ser agredido. En el caso de no regresar y enterarse de haberle ocurrido una desgracia, debía avisar a la policía y entregarle a Alchurch.

Dirigió una última mirada a Alchurch y salió del apartamento de Horace. Se dirigió a su hotel. Llevaba encima el valioso documento, y no deseaba arriesgarse a perderlo. En el caso de ser detenido por sus enemigos, éstos lograrían su propósito, arrebatándoselo.

Una vez en su habitación, buscó detenidamente a su alrededor, tratando de hallar un escondite adecuado para el documento. Un lugar donde no lograse ser hallado, aunque se efectuase un concienzudo registro.

No existía lugar alguno capaz de reunir estas condiciones y decidió exponerse. Extrajo el documento y lo colocó en lo alto del armario. No sería probable que una camarera lo limpiase, estando en relativa seguridad. Quedó asegurado por una figurita, representando a un piel roja.

Le gustaba llevar consigo aquella figura. Teniendo la impresión de proporcionarle suerte. No tenía otra alternativa, dejar el documento allí o llevarlo consigo. Esto último lo consideraba más arriesgado.

También hubiese podido dejarlo en el aposento de Horace, pero resultaba igualmente arriesgado y no deseaba mezclar más a su amigo en aquel endemoniado asunto.

Se detuvo en el lugar señalado por Alchurch. La puerta del almacén daba a un vasto patio, donde existían otros similares. No parecían ser excesivamente grandes, aunque bastaba para los siniestros planes de aquella cuadrilla de malhechores.

Llamó a la puerta. Sintió un ligero ruido, viéndose examinado a través de una mirilla.

—¿Qué desea usted?

—No tardará en amanecer.

La puerta se abrió, quedando frente a un individuo de siniestro aspecto. Éste le miraba con desconfianza.

—No le conozco —masculló cerrando la puerta—. De no haberme dado la contraseña, no le hubiese abierto.

—Hubiera obrado muy acertadamente, amigo.

El pistolero intentó volverse, sorprendido por estas inesperadas palabras, pero se quedó rígido, al notar en un costado el duro contacto del cañón de una pistola.

—¿Qué significa esto? —musitó tembloroso.

—Es muy sencillo. Si se mueve, no vacilaré en apretar el gatillo; esto significará haber llegado el último momento de su existencia.

—¿Ha venido a robar?

—No, no lograría mucho dinero.

—¿Pertenece a la policía? —preguntó alzando la voz.

—Hable más bajo o disparo. Si descubren mi presencia por su causa, le mataré. Debe saberlo por su propia seguridad. No pertenezco a la policía.

El cuerpo del pistolero se relajó, como sintiéndose aliviado por esta revelación. Su temor más grande era verse apresado por la policía, lo demás lo consideraba secundario.

—Entonces… ¿qué desea?

—Saber dónde se encuentra la señorita Haynes.

—No está aquí.

Arthur, al oír esta contestación, apretó con más energías el cañón de su revólver contra el cuerpo de aquel miserable. Cuando habló, su voz sonó amenazadora, haciendo temblar a su enemigo.

—Lo sé con toda seguridad, no trate de engañarme. Si es necesario le destrozaré a golpes para arrancarle ese secreto y cuántos me interesan conocer.

—Sí, está aquí la señorita Haynes.

—¿Dónde está encerrada?

—En una habitación situada en el interior.

El joven respiró aliviado, al tener la seguridad de poder rescatar a la muchacha. Debía adoptar precauciones para evitar ser sorprendido. Ya estaba realizado lo más difícil, no debiendo echarlo a perder cuando el éxito se encontraba a su alcance.

—¿Quién está con usted en este almacén?

—Sólo un compañero.

—Bien. Me conviene saber dónde se encuentra y sorprenderle.

—¿Y si no lo consigue? ¿Me matará?

—Es lo más probable. No quiero correr riesgos.

—Le estoy ayudando, no…

Fue interrumpido por una llamada. Probablemente su compañero deseaba conocer la identidad del visitante. Arthur le miró y susurró:

—Respóndale.

—Estoy aquí, Nick.

—¿Quién ha venido?

El forajido quedó desconcertado, no sabiendo cómo responder. Miró a Arthur con interrogadora expresión. El joven sonrió al decir:

—Dígale que soy un amigo, debe acercarse. ¿Me ha comprendido?

—Sí —alzando la voz agregó—: Se trata de un amigo, Nick. Ven a verle.

—No me hagas levantar, acercaros vosotros.

—Debes hacerlo tú, te alegrarás de verle.

Sonó una blasfemia y el ruido de una silla al ser echada hacia atrás. El rumor de unos pasos se acercó. Arthur se apresuró a ponerse tras el pistolero, viendo aparecer al compañero de éste, se trataba de un individuo más corpulento y al parecer más peligroso.

Dijo con suavidad:

—¡Quieto, Nick! Si se mueve le destrozaré la cabeza de un balazo.

—¡Qué significa esto, Walter! —masculló Nick sorprendido.

—No he podido evitarlo, me amenazó de súbito con esa pistola. Está decidido a disparar.

—¡Maldito seas! ¿Cómo te has dejado sorprender? Tenías la consigna de no abrir la puerta a nadie.

—Me dijo la contraseña.

—No es posible.

—Basta de charlar —intervino Arthur con sequedad—. Lo único importante es que estoy aquí y soy el dueño de la situación. Vuélvase, Nick.

—Es que…

—No intente discutir mis órdenes o le mato. No he venido a distraerme precisamente. Vuélvase.

En esta ocasión fue obedecido sin la menor vacilación. Arthur empujó a Walter y éste dio unos pasos, hasta detenerse junto a su compañero. El joven dejó escapar una exclamación de aprobación.

—Así me gusta, tenerles cerca de mí.

Y con un rápido movimiento propinó un duro golpe en la cabeza de Nick. Éste se desplomó como un fardo, mientras Walter hacía un gesto para agredir a Arthur. El joven le golpeó con el puño izquierdo en el estómago, arrancándole un grito de dolor. Inmediatamente le encañonó con su pistola.

—¡Quieto, Walter! Se está jugando la vida y va a perderla, se lo prometo.

Sin perderle de vista, se inclinó y arrebató la pistola de Nick, guardándosela en un bolsillo. De continuar de aquella forma lograría reunir un arsenal. Todavía le faltaba desarmar a Walter, y decidió hacerlo enseguida. Se acercó a él, arrebatándole el arma y en el bolsillo de su chaqueta encontró un cuchillo.

Se encogió de hombros y se guardó aquellos objetos mortíferos. Le pesaban, aunque lo prefería así, a tenerlas sus enemigos. No debía preocuparse de Nick, le golpeó detrás de la oreja y tendría sueño para largo rato. Aunque volviese en sí encontrándose él todavía en el almacén, no constituiría un peligro, pues estaría aturdido.

—Lléveme donde se encuentra la señorita Haynes. Walter no le respondió, limitándose a echar a andar.

Se detuvo ante una puerta y afirmó:

—Se encuentra aquí dentro.

—Abra la puerta.

El forajido le obedeció. Tan pronto lo hubo hecho, Arthur le golpeó en la cabeza. Walter levantó los ojos hacia el techo, en un gesto de intenso dolor. Sus piernas se doblaron y rodó por el suelo.

El joven empujó la puerta, viendo a Minella sentada en una vieja silla. La muchacha le miraba aturdida, como si no creyese en lo que estaba viendo. Dejó escapar un grito de alegría.

—¡Es usted, Arthur!

—Sí, he venido a rescatarla. Me he enterado que estos asesinos la tenían secuestrada.

La muchacha habíase levantado impulsiva, corriendo hacia Arthur. Éste abrió los brazos, recibiéndola y apretándola con suavidad contra su pecho.

—¡Cuánto se lo agradezco, Arthur! Son unos malvados, querían obligarme a decir dónde se encontraba el documento. No he dicho una sola palabra.

—Es usted una mujercita muy valiente.

—¡Oh, no, estaba asustada! Uno de aquellos hombres quería abusar de mí. Antes preferiría la muerte.

—Ya no debe temer nada, Minella. Ya se encuentra a salvo.

Su cara estaba muy cerca de la suya. La miró, viéndola con los rojos labios temblorosos. No se pudo contener y la besó. Al hacerlo, temió verse rechazado con violencia. No fue así; al contrario, unos brazos de suave contacto le rodearon el cuello, como si tratase de prolongar la caricia.

—Estaba temiendo por tu seguridad, Minella.

—A tu lado ya no tengo miedo.

—Procuraré protegerte, mi amor.

—¿Me quieres, Arthur? —preguntó ella, anhelante.

—Sí, con locura.

—Apenas nos conocemos.

—Eso carece de importancia El amor no sabe de tiempo.

—¡Oh, Arthur!

La volvió a besar con ardor y después la separó con suavidad.

—Debo registrar este almacén, Minella. Toma este revólver y dispara si alguno de estos trata de agredirnos. No vaciles en hacerlo, nuestra vida está en juego.

—Lo haré —afirmó la joven con decisión.

Le entregó la pistola, sin el seguro, dispuesta para ser disparada. Quedó complacido al ver cómo Minella, no daba síntoma de sentir temor, estando dispuesta a obedecerle.

Los dos pistoleros seguían exánimes y no daban sensación de volver en sí. Arthur examinó el almacén con rapidez, hasta meterse en una pequeña estancia, habilitada como despacho. Quizás encontrase algo revelador contra Charles Carroll.

Registró la mesa y quedó defraudado al no descubrir nada interesante. Bueno, no valía la pena insistir. Decidió regresar al lado de la joven y salir de aquel almacén.

De nuevo se encontró en el patio, aunque llevando a su lado a Minella, habiendo desaparecido sus temores. Dejó los revólveres y cuchillos en un rincón, marchándose apresuradamente.

Se le presentaba otro problema: la seguridad de Minella. Sería peligroso llevarla a su casa, pues aquellos bandidos ya lo conocían y podrían apoderarse de ella en cuanto se les antojase. La joven le

había contado la forma cómo la secuestraron.

Sí, lo más conveniente sería llevarla a casa de Jack Massey. Su amigo y Nancy no tendrían inconveniente en acogerla en su hogar. Ya no vaciló y se encaminaron hacia allí.

—¡Hola, Arthur! —exclamó Jack alegremente al abrir la puerta —. No te esperábamos, es una agradable sorpresa. Pero…

Se interrumpió sorprendido. Acababa de ver a Minella, hasta entonces oculta por el cuerpo de su amigo.

—He venido a pedirte un favor, Jack.

—Entra y preséntame a esa bella joven.

—Es Minella Haynes. Te presento a mi amigo Jack Massey, su encantadora esposa, Nancy.

Nancy acababa de salir y les miraba con visible sorpresa. Saludó cariñosamente a la muchacha y amenaza con un dedo a Arthur.

—No me gusta tu forma de actuar. No se debe sorprender a nadie, es preciso avisar para tener la cena, preparada.

—No hemos venido a cenar. ¿Podéis tener en vuestra casa a Minella?

—Naturalmente. No representa ningún inconveniente para nosotros.

—No os puedo decir la verdad, se trata de un asunto muy delicado. Ese secreto no me pertenece.

—No te hemos exigido ninguna explicación, Arthur. Minella se queda con nosotros y es suficiente.

—Os prepararé una cena ligera, me habéis cogido desprevenida —se lamentó Nancy.

—No te preocupes, con cualquier cosa será suficiente. Después de cenar, Arthur se despidió apresuradamente. Cambió una apasionada mirada con Minella.

CAPÍTULO VIII

Horace abrió la puerta y dejó escapar un suspiro de alivio al verle. Sus palabras fueron pronunciadas con vehemencia.

—Nunca había deseado ver a nadie como a ti. ¿Qué significa todo este embrollo?

—¿Alchurch está ahí dentro? —preguntó Arthur.

—Naturalmente, no le iba a dejar escapar. Se trata de otro individuo. ¿Cuándo hiciste el cambio?

—Esta tarde Este es más peligroso. No vacilaría en matarte.

—Sí. Su aspecto no me gusta.

—Vas a verte libre de él. Lo vamos a llevar a Broadway en tu coche. No conviene conozca tu casa.

—¿Por temor a una represalia?

—Sí.

Horace se irguió, su aspecto era desafiador.

—No temo a esos bandidos.

—Es preferible evitarlo.

—Sí, tienes razón.

El joven entró en la estancia donde se encontraba Alchurch. El forajido le miró con ansiedad.

—¿Todo le ha ido bien?

—Sí.

—¿Cumplirá su palabra y me dejará en libertad?

—Sí.

Alchurch no pudo contener una sonrisa de alivio. Arthur le observaba con detención, sin hacer el menor comentario.

—Voy a desatarle, Alchurch. No quisiera encontrarme con usted de nuevo. Le mataría, me inspira una profunda repugnancia.

El pistolero no respondió, aunque en sus ojos se advertía un intenso odio. Arthur tuvo la seguridad de volver a encontrarse con aquel individuo, prometiéndose cumplir su amenaza.

Alchurch se puso en pie, frotándose las piernas y los brazos. De nuevo se dejó caer en la silla y pidió:

—Tengo sed. Necesito un trago.

Horace miró a Arthur. El joven movió la cabeza afirmativamente. Le ofreció una botella de cerveza. Alchurch bebió con avidez y después se metió la mano en un bolsillo, extrayendo un cigarro y encendiéndolo con mano trémula.

—¿Puedo marcharme?

—Sí, le acompañaremos.

—Como quieran, pero no necesito ayuda.

—No es por ayudarle, Alchurch.

—Comprendo. Una simple medida de precaución.

—Exacto. Mi amigo no ha intervenido en este asunto, debe quedarse al margen.

—No tengo inconveniente. A usted tampoco creo volverle a ver, Murray.

—Me alegraré por usted —asintió el joven con frialdad.

Lo condujo hacia la puerta, procurando no se fijase en el teléfono. Extrajo su pañuelo y vendó los ojos de Alchurch. Se dirigió a Horace.

—Ve en busca de tu coche y te detienes frente a la puerta. Toca el timbre y bajaremos.

—Enseguida estaré, Arthur. Esto está resultando divertido.

El joven no pudo menos de sonreír ante la afirmación de su amigo. Éste ignoraba cuánto concernía a este siniestro asunto. De no ser así, no se hubiera mostrado tan optimista.

Horace se marchó y Arthur ajustó la puerta. Poco después oía el timbre y obligaba al pistolero a descender los peldaños. Al llegar a la calle observó que estaba casi desierta, llegando al coche y obligando a Alchurch a entrar. Horace arrancó con rapidez, sin pronunciar una sola palabra.

No tardó en detenerse y Arthur libró al pistolero del pañuelo.

—Puedes bajar, Alchurch.

Éste obedeció. Arthur hizo una significativa señal a Horace y éste emprendió la marcha. Alchurch permaneció inmóvil, mientras mascullaba con rabia:

—Me vengaré de ti, Arthur Murray. No te librarás de nosotros.

De nuevo se encontraban en el piso de Horace. Éste llenó dos

vasos de *whisky* con soda, alargando uno a su amigo.

—Lo necesitamos, chico. Me gustaría conocer el lío en que te has metido. Podría ayudarte.

—No es necesario. Ya te lo explicaré cuando me sea posible.

—¿No te marchas mañana de Chicago?

—No lo sé. No depende de mí, sino de los acontecimientos.

—Me gustaría tanto saber lo que te ocurre, Arthur.

—De buen grado te lo diría, te lo has merecido. Pero no me pertenece ese secreto.

—No te preocupes, muchacho. Siempre estaré a tu disposición.

El joven le golpeó el mentón con afecto y se marchó. Valía la pena tener tan excelentes amigos, éstos no vacilaban en ayudarle, sin hacerle la menor pregunta, confiando por completo en él. Gracias a ellos logró sortear algunas dificultades muy importantes.

Le faltaban escasos metros para llegar a su hotel cuando un automóvil se detuvo muy cerca de él. Su cuerpo se puso en tensión, pudiendo ser el desquite de aquellos forajidos. De ser así, habían actuado con excesiva rapidez.

Se puso en guardia para repeler una posible agresión pero sus nervios se relajaron al oír la voz del inspector Ferguson.

—¡Qué casualidad verle, señor Murray!

—¡Ah, es usted, inspector! —exclamó, tratando de no dejar traslucir su nerviosismo.

—Sí, tenía curiosidad por verle. ¿Cómo le prueba Chicago?

—No puedo quejarme.

—¿Se marcha mañana?

—Es probable, todavía no estoy decidido.

—No se vaya sin avisarme. Lo lamentaría, pero me vería en la necesidad de reclamarle.

—¿Tanta falta puede hacerle mi presencia?

—Sí, mañana se publicará el asesinato de Alan Drill usted es el único testigo.

El inspector había descendido del coche, aproximándose a Arthur.

—Siempre estaré a su disposición. Me gustaría que esos asesinos tuviesen su merecido castigo.

—¿De veras no puede prestarme más ayuda, Arthur?

Y le miraba con fijeza, como si tratase de escrutar sus más

secretos pensamientos. Arthur se mantuvo impasible, ya esperaba una pregunta semejante.

—No le entiendo. ¿Qué quiere usted decir?

—Si no trata de ocultarme algo.

—¿Tratar de ocultarle algo? Ayudar a la justicia es un deber de todo buen ciudadano. Me precio de cumplir siempre con mi deber.

—Quizá tenga una opinión distinta de cuál es su deber.

—No, no la tengo.

—Está usted muy convencido de ello.

—Sí, inspector.

—Le deseo buena noche.

—Gracias, es usted muy amable.

Entró en su habitación preocupado. La entrevista celebrada con el inspector Ferguson no le pareció natural, y le dio la impresión de haber sido preparada. Era romo si la policía hubiese estado al acecho, esperando su llegada. Ahora tenía la seguridad de ser sospechoso a Ferguson, estando este tras su pista.

Se alegraba de no haber sido seguido antes, pues la situación aún habría sido más complicada. Y bastantes dificultades se vio obligado a salvar. Por fortuna, Minella se encontraba a salvo, bajo la protección de Jack y su esposa.

Tan pronto se dejó caer sobre el lecho se quedó dormido, deslizándose de sus dedos el cigarrillo. Por fortuna, cayó al suelo y no quemó nada.

Tan pronto se levantó, se puso debajo de la ducha. Se vistió, decidiéndose a ir a ver a Minella. Se subió a una silla, disponiéndose a coger el documento. Se sintió poseído de un extraño nerviosismo, temiendo no encontrarlo.

No pudiendo contener un suspiro de alivio al tropezar con la figurilla del piel roja. Debajo estaba el documento. Lo asió con fuerza como si temiese le fuese a ser arrebatado.

Salió apresuradamente, como si temiese ser perseguido.

Llegó a la casa de Jack, abriéndole la puerta Nancy. Sonrió alegremente.

—Buenos días, Arthur. Minella ya empezaba a creer que te habías olvidado de ella.

El joven no pudo menos de sonrojarse, advirtiendo en el tono de la esposa de su amigo cierto retintín.

—¿Está Jack?

—No, ya se ha marchado a la oficina. Entra.

La sonrisa de Minella fue radiante al verle. Impulsivamente le tendió la mano, Arthur se la estrechó con ternura. Nancy sonrió y se retiró discretamente, dejándolos solos.

Al advertirlo, Arthur la estrechó contra su pecho, sin poder reprimir su impulso. No encontró oposición, besándola con ardor.

—No debes exponerte, Arthur.

—Debes hablarme con entera franqueza. ¿A quién debe ser entregado ese documento?

—Mi tío no quería hacerlo público.

—No se trata de hacer publicidad, sino de llevarlo yo a su punto de destino.

—Vas a exponerte a morir.

—Más vale que corra los riesgos yo, que no tú. Serías una presa fácil para esos asesinos.

—Iremos los dos juntos. Aceptaré tu protección.

Arthur meneó la cabeza con decisión.

—Tan, sólo iré yo. No quiero que corras ningún peligro. Tu presencia me quitaría el valor.

—No puedo quedarme y dejarte en esa horrible situación. No dudarán en matarte para apoderarse del documento. No vacilaron en hacerlo con mi tío.

—Cuento con una ventaja. Ellos no tienen la seguridad de ser yo el que tiene el documento, siéndome posible pasar inadvertido. Es preciso intentarlo.

—Pero tú no debes exponerte a ser asesinado como mi tío —insistió la muchacha abrazándose a él.

Arthur le acarició los cabellos con ternura, después separó con suavidad.

—Dime a quién va destinado ese documento.

Minella aún vacilaba. No podía permitir que su amado corriese tan terrible peligro. Y sin embargo, en su fuero interno se daba cuenta de ser la mejor solución. De ir los dos juntos, Alchurch y sus pistoleros se darían cuenta de sus intenciones, lanzándose sobre ellos como una jauría de perros feroces, prestos a destrozarles a dentelladas.

Cesó de vacilar, decidiéndose.

—Bien, Arthur. Tú ganas, te diré a quién va destinado.

—Es lo mejor, Minella, debes comprenderlo. Es la única forma de conseguir la realización de la misión de mi tío. Ignoro cuál era, pero debía ser noble cuando expuso su vida… y la perdió.

—Sí; tío Alan era muy bueno. No le creo capaz de haber cometido una mala acción. Carecía de ambición.

—Me gustaría vengar su muerte.

—No debes arriesgarte a tanto, querido.

Y acercó su carita a él, suplicante.

Arthur no se pudo contener y la besó con pasión. Ella se le abrazó, rodeándole el cuello con sus brazos. Durante unos segundos se olvidaron de cuánto les rodeaba y los peligros que pudieran acecharle.

—Debes llevar ese documento al profesor Henry Sluggett. Vive en una casita a orillas del lago Michigan, cerca de Wisconsin. Tengo la dirección exacta anotada en un papel. No hay pérdida posible.

—Deberé ir en coche.

—Sí, es lo más práctico.

—Horace me dejará el suyo, no pondrá inconveniente.

—Tienes muy buenos amigos, Arthur.

—Sí, no puedo quejarme. Sólo me faltaba encontrar la mujer ideal para ser mi esposa y la he encontrado.

—¿De veras, querido?

—Sí, supongo que no te opondrás a casarte con un profesor.

—Me haces muy feliz.

De nuevo se besaron. Arthur reaccionó y la separó. No debía perder tiempo. Cuanto antes entregase el documento al profesor Sluggett, más pronto se vería libre de aquel enojoso asunto.

Minella fue en busca de su bolso y le entregó un papel.

—Ahí está la dirección del profesor Sluggett. Era muy amigo de mi tío. Puedes entregarle ese papel sin ningún temor.

—Lo haré.

Llamó a Nancy. Ésta acudió sonriendo maliciosamente.

—No temas, Arthur. Jack le dio muy buenos informes tuyos. Yo no he podido dárselos, apenas te conozco.

—Eres encantadora, Nancy. Sospechoso que Jack no te merece.

Ella se irguió y le amenazó con un dedo.

—Jack es mejor que tú, desastrado profesor.

—Así me lo parece —asintió Minella sonriendo—, pero con todos esos defectos le admitiré.

—Muy agradecido, señorita —respondió Arthur inclinándose burlonamente.

Se despidió de las dos, decidido a no perder tiempo y entregar el documento al profesor Sluggett.

No tardó en encontrarse en el despacho de Horace. Éste le miró sobresaltado.

—¡Qué diablos te ocurre ahora, Arthur!

—Necesito un favor de ti.

—Lo tienes concedido. Puedes disponer de todo cuanto tengo, incluso mi vida.

—No te exijo tanto, muchacho. Tan sólo tu coche, para un par de días.

—¿Mi coche? —exclamó Horace, poniéndose en pie.

—Sí, tu coche. Es bastante menos que tu vida.

—No puedo dejártelo, Arthur.

—Como quieras. Alquilaré uno.

—No será tan rápido como el mío y tendrá tantas garantías de no estropearse.

—Es posible. Adiós, Horace.

—Espérate diez minutos, el tiempo preciso para poner en orden estos papeles.

—No te molestes, me voy.

—No puedo dejarte el coche sin conductor, pero si me aceptas, nos marcharemos enseguida.

El joven no pudo menos de sonreír. Horace no trató ni un solo momento de negarle su coche, aunque debía admitirle como compañero de viaje.

—No puedo aceptar. Se trata de un asunto muy arriesgado. Mi vida corre peligro y no quiero que ocurra lo mismo con la tuya. No, Horace, déjame tu coche y no te mezcles en esto.

—Precisamente por eso quiero acompañarte. Si fuese por un viaje de placer no abandonaría mi trabajo. Pero se trata de algo muy importante y mi deber es ayudarte por completo.

—¿Cómo sabes que es muy importante?

—¡Por Dios, Arthur! Tendría que ser tonto para no haberlo sospechado. Vienes a mi casa con un sujeto de mala catadura y lo

dejas atado a una butaca. Cuando regreso por la noche, me encuentro a otro en su lugar. En una nota me indicas no debo soltarle bajo ningún pretexto, pues es sumamente peligroso. ¿De todo esto qué puedo deducir?

—Todo exacto. Por eso no debes intervenir.

—Al contrario. No puedo dejarte frente a unos desalmados, dispuestos a caer sobre ti. Siempre me remordería la conciencia haberlo hecho. ¿No lo comprendes?

Arthur se apoyó en la mesa y se pasó una mano por la frente. Horace le miraba con ansiedad.

—Tú has ganado, muchacho. Nos iremos juntos.

—¡Bravo, Arthur! No puedes imaginarte cuánto me alegro. ¡Deseaba tanto tomar parte en una arriesgada aventura…!

—Es probable no nos ocurra ningún incidente, pero si sucede, vas a tener distracción a lo grande.

—No desearía otra cosa, chico.

—No lo asegures tan precipitadamente.

—Deseo enfrentarme con esos forajidos si intentan atacarte. No les temo. ¿No lo crees?

—Sí, Horace. Date prisa, cuanto antes salgamos de Chicago será mejor.

Éste asintió. Arthur presenció asombrado la extraordinaria rapidez de su amigo para examinar papeles y dar órdenes. Nunca pudo sospechar que fuese tan dinámico.

—Ya está todo listo, Arthur. Podemos marcharnos.

—Me has dejado sorprendido, no te creí capaz de tanta capacidad para el trabajo.

—Ya lo domino por completo. Mi padre está muy contento con mi actividad. Me ocupo casi de todo, él ya empieza a descansar, se lo tiene merecido. Ahora confía por completo en mí. Y no me creas un vanidoso.

—Me lo has demostrado.

Salieron en busca del coche. Horace se colocó al volante y preguntó alegremente.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A orillas del lago Michigan, cerca de la línea fronteriza con Wisconsin.

—A la orden, jefe. ¿Necesitamos algo para el viaje?

—Ya llevo dinero.

—Yo también. Por esa parte no encontraremos dificultades.

—¿Tienes una pistola?

—¿Una pistola? —La cara de Horace se contrajo en una mueca de extrañeza—. Nunca se me ha ocurrido comprar una.

—Es una lástima.

—¿Puedo necesitarla?

Arthur no pudo menos de sonreír ante la ingenua pregunta. Poco antes había dicho no vacilar en luchar contra aquella cuadrilla de facinerosos, y ahora indicaba si podía necesitar un arma.

—Sí, y no para asustar precisamente.

—Esto es muy serio —replicó Horace, mirando a su amigo con fijeza.

—Sí, te voy a explicar lo que ha ocurrido. Debes estar al corriente de todo. Si me ocurre algo, debes entregar el documento al profesor Sluggett.

—¿Al profesor Sluggett? ¿Quién es?

—Lo ignoro. Voy a ese apartado lugar a conocerle.

CAPÍTULO IX

Arthur terminó de hablar. Horace tenía las manos crispadas en el volante, sus pupilas brillaban de excitación. Volvió la cabeza hacia su amigo, cuando habían salido ya de la ciudad.

—Todo eso es formidable, muchacho. Tenía la seguridad de ocurrir tan sólo en las películas y en las novelas.

—Pues ocurren en realidad. Fui testigo de cómo asesinaron a Alan Drill, sin poderlo evitar.

—Esos bandidos no te habrán perdido de vista.

—Casi tengo la seguridad de ello. Probablemente estarán tras nosotros. Puede ser cualquiera de esos coches, aunque es difícil adivinar cuál es.

En efecto; delante y detrás de ellos corrían numerosos vehículos, siendo poco menos que imposible fijarse en uno determinado. En cambio, si eran perseguidos, sus enemigos no les perderían de vista, siendo muy fácil conseguirlo.

La muerte les acechaba continuamente. En cualquier momento podían ser atacados, simulando ser un accidente.

—No te preocupes, Arthur. Conseguiremos llegar a esa localidad vivitos y coleando.

—No quisiera haberte metido en esto; tu vida correrá un grave peligro. No tenías necesidad de haberlo hecho.

—Debo ayudarte, soy tu amigo.

El joven miró a Horace con afecto, sus palabras fueron sinceras.

—Me sigue disgustando, Horace. Debería mantenerte al margen de este endiablado asunto. Nada te obliga a meterte en él. Aún estás a tiempo de desistir, detienes el coche y esperas el autobús. Yo continuaré.

—De ninguna manera. Hacer eso sería una cobardía, y yo no soy cobarde. Además, me excita esta aventura; por nada del mundo desistiría, aunque no se tratase de ayudarte. Mi caso es el mismo

que el tuyo, tú tampoco tenías necesidad de intervenir.

—Te equivocas, tengo la obligación moral de llevar ese documento a su destinatario. Vi cómo mataban a un hombre y le prometí hacerlo en su agonía.

—Tan sólo entregarlo a cierta persona que acudiese al anuncio del Chicago Tribune.

—Es cierto. Pero no voy a dejar a una muchacha a merced de esos criminales.

—Puede acudir a la policía.

—No lo hará. Tratará de cumplir el deseo de su tío.

—No se lo censuro. Ni a ti tampoco, todo es comprensible. Hasta mi ayuda para llegar a tu punto de destino.

—De acuerdo. Te he advertido, no te he ocultado nada. Conoces sobradamente el peligro que te acecha.

Horace asintió, mientras con un gesto solicitaba un cigarrillo a su amigo. Arthur se apresuró a encenderlo y colocárselo en los labios.

—Me gusta esta situación. Siempre te he apreciado y me satisface demostrártelo.

—Eres un loco.

—Tú también. Prometes un disparate a un moribundo, después ayudas a una muchacha. Tu obligación era dirigirte a la policía y todo concluido, no corriendo ningún riesgo inútilmente.

—Está bien, somos dos locos.

—Eso está mejor, pero… —Horace abrió la boca, mirando con fijeza a su amigo—. ¿Estás enamorado de esa muchacha, de Minella Haynes?

—Sí, Horace.

—Entonces ya no eres tan loco. Te impulsa a cumplir esta misión un motivo poderoso.

El tráfico de la carretera cada vez era menos intenso, conforme se alejaban de Chicago. Arthur vigilaba con atención cuánto ocurría tras ellos, tratado de divisar al coche perseguidor… si éste existía.

Varias veces su mirada se fijó en un automóvil gris plomizo. Éste le resultó sospechoso, pese a estar siempre bastante distante. Ni una sola vez se le acercó excesivamente, como si tratase de no llamar la atención.

Se encontraron en una bifurcación. Arthur se apresuró a

preguntar:

—¿Adónde lleva esa carretera?

—Hacia Iowa. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Después podemos regresar a esta carretera y continuar hacia nuestro destino?

—Sí, dando un pequeño rodeo.

—Hazlo, Horace.

Éste se apresuró a obedecer la indicación de su amigo, sin hacer la menor pregunta. Comprendía su intención: cerciorarse de si eran perseguidos.

—Aumenta un poco la velocidad.

Y miró hacia atrás. Vio a varios coches, pero sus ojos permanecieron fijos en uno de color gris plomizo.

Éste seguía tras ellos, a la misma distancia. Ahora tenía la seguridad de no estar equivocado. Charles Carroll estaba tras ellos, probablemente con la intención de atacarles a la circunstancia más propicia.

Estaría prevenido, de ninguna manera estaba dispuesto a ser fácil presa para ellos.

—¿Nos persiguen? —preguntó Horace con calma.

—Sí, se trata de un coche color gris plomizo.

—¿Les crees capaces de disparar contra nosotros?

—Sí.

—Es prodigioso, Arthur. Jamás. Jamás me había encontrado en una situación tan excitante.

Le observó y quedó complacido. Horace no mostraba el menor temor, sus manos no temblaban lo más mínimo. No le disgustaba correr aquella aventura y más teniéndole a su lado.

—¡Eres un mentecato! —exclamó con afecto—. Si me ocurre algo, el documento se encuentra en el bolsillo interior de mi chaqueta. Ya conoces la dirección del profesor Sluggett. Se lo entregas y regresas a Chicago.

—No puede ocurrirte nada, muchacho.

—Eso nunca puede saberse. Debes seguir mis indicaciones.

—Así lo haré —prometió Horace solemnemente.

El coche gris plomizo seguía tras ellos, aunque dando muestras de una gran discreción. Al parecer deseaban no despertar sus sospechas y atacarles de súbito, convirtiéndoles en presas fáciles.

Conforme se acercaban a su punto de destino, el tráfico disminuía. A veces Arthur llegó a contar hasta tres coches tras ellos, estando el inevitable gris plomizo. Ahora se le asemejaba una siniestra amenaza, presta a caer sobre ellos.

El joven se incorporó ligeramente en el asiento. El coche gris plomizo aumentaba la velocidad, acercándose a ellos. Al parecer intentaban lanzarse al ataque.

—Cuidado, Horace. Ya se aproximan.

El redondo semblante de Horace pareció crisparse, aunque su mirada permaneció serena. Sus labios se movieron ligeramente al decir:

—Estoy prevenido. Ya pueden atacamos si lo desean.

La diestra de Arthur asió la culata de la pistola con fuerza, extrayéndola. Estaba dispuesto a disparar al menor conato de violencia.

El coche gris se hallaba más próximo, separándoles unos quince metros. Arthur no podía divisar bien a su conductor, pero llegó a contar cuatro hombres.

Ante ellos aparecieron varios coches y el perseguidor se retrasó considerablemente.

—¿Qué podemos hacer?

—Continuar hacia delante —respondió Arthur a la pregunta de su amigo—. Ese coche es más rápido y no Lograremos despistarles. Nos dará alcance con facilidad.

Aprovechando aquella tregua, Horace pisó el acelerador a fondo. Ahora fue cuando Arthur se convenció no haberse equivocado. Aquellos forajidos llevaban En coche más poderoso y rápido, siéndoles fácil darles trance.

De nuevo la carretera quedó casi despejada, iniciándose la persecución sin el menor disimulo. Los forajidos habíanse dado cuenta de haber sido descubiertos y no deseaban darles tregua, realizando la finalidad propuesta. Es decir; la muerte de ellos dos.

—Nos gana terreno continuamente —dijo Arthur.

—No puedo correr más —respondió Horace con calma.

—Es inútil, nos dará alcance. Sólo existe una forma de evitarlo.

Ágilmente saltó al asiento trasero y se asomó por la ventanilla. El coche gris ganaba terreno sin cesar, dándole la sensación de ser un monstruo sediento de sangre. No vaciló y apretó el gatillo.

El proyectil se estrelló a escasa distancia del coche perseguidor. Se trataba de un aviso, con el propósito de acertar en la próxima ocasión. Al parecer obtuvo un triunfo completo, pues el coche gris aminoró sensiblemente la marcha.

Horace observaba por el espejo retrovisor, lanzando una exclamación de alegría.

—¡Bravo, Arthur! Lo has asustado.

—No cantes victoria todavía. Son tenaces, no bastará un disparo para que huyan. Han venido con la decidida intención de acabar con nosotros y tratarán de conseguirlo.

—Que nos sigan.

—Eso están haciendo, aunque más distante. Ahora ya conocen nuestras intenciones; no hay disimulo alguno. La batalla ha empezado.

—¿Y por qué retroceden?

—Para tratar de aprovechar una oportunidad. No desean correr peligro alguno, y mis balazos pueden representar para ellos la muerte. Si alcanzo al conductor, a esa velocidad ni uno de ellos quedaría vivo. Son prudentes y astutos, debemos tener mucho cuidado.

—Lo tendremos.

Y Horace, tras hacer esta afirmación, prestó toda su atención a la carretera. Arthur se mantuvo a la expectativa, viendo cómo cada vez la distancia entre los dos coches era mayor.

Quedó sorprendido al ver cómo el coche gris se perdía de vista. No era posible, un solo disparo no podría bastar para hacer desistir a los forajidos de su intento.

Tenían un gran interés en apoderarse del documento y poseían la firme decisión de hacer cuanto estuviese a su alcance para conseguirlo.

Quizá no deseasen llamar la atención de otros coches, colocándose en una situación peligrosa. Pero de esto a perderles de vista mediaba un abismo.

—Es muy extraño. Ya no se ve el coche gris.

—Tenía razón yo, se han asustado.

—No, Horace. Esos individuos no se asustan con tanta facilidad. Algo estarán tramando contra nosotros.

—Opino lo contrario. Nos conviene detenernos ante el primer

parador. Necesitamos gasolina y tomaremos algo. Nos hace falta.

—De acuerdo.

No tardaron en divisar un parador. Horace detuvo el coche y saltó al suelo con insospechada agilidad. Arthur continuaba mirando hacia atrás, por si aparecía el coche gris plomizo. Éste parecía haber desaparecido. Quizá Horace tuviese razón y se hubiesen asustado ante su firme decisión de disparar.

No era lo mismo atacar a un hombre indefenso como Alan Drill, apoderarse de una muchacha como Minella, ni tratar de sorprender a un hombre desarmado como él. No, en esta ocasión tenían delante a un adversario provisto de una pistola, dispuesto a disparar y pareciendo tener una excelente puntería.

Esto podía haberles hecho desistir de la persecución, no queriendo exponer sus vidas. De ser así, todo se presentaría fácil. No tardarían en llegar a la villa ocupada por el profesor Sluggett, le entregaría el documento y regresaría a Chicago.

Su misión estaría cumplida, realizando el último deseo de Alan Drill. Minella le estaría agradecida por haber llevado a buen término lo arriesgada tarea de entregar el documento a su legítimo propietario.

—Haga el favor de llenar el depósito de gasolina —dijo Horace al empleado—. Enseguida volveremos, vamos a tomar un café.

—Descuide, señor. Cuando vuelvan podrán reanudar la marcha.

—El coche gris no se ve —dijo Arthur poniéndose a la altura de su amigo.

—No te preocupes más de él. Llegaremos a la villa del profesor Sluggett sin novedad.

—No seas tan optimista.

Horace pidió dos tazas de café. Mientras el *barman* les servía, comentó:

—De buen grado bebería un doble de *whisky*, pero no es conveniente, debo conducir.

—Yo tampoco beberé. Ahora llevaré el volante.

—Como quieras.

Arthur empuñó el volante y emprendió la marcha, tras haber pagado Horace el importe de la gasolina. Antes se cercioró de no estar a la vista el coche gris.

Durante dos horas devoró kilómetros sin encontrar el menor

obstáculo. Horace permanecía en la parte posterior, empuñando la pistola. En su fuero interno deseaba llegase la oportunidad para ello, sintiéndose invadido por un extraño sentimiento bélico.

La mente de Arthur estaba dominada por un caos de encontrados pensamientos. No podía creer haber escapado con tanta facilidad de la persecución de sus enemigos, más bien estaba dispuesto a sospechar un nuevo intento, aunque con mayores posibilidades de no dejarles escapar, ni defenderse.

Y de improviso surgió el automóvil gris plomizo.

Apareció frente a ellos, como si acabase de brotar de la tierra. En realidad salió de una carretera, quedando a escasa distancia de ellos. Dos hombres saltaron al suelo, encañonándoles con metralletas. La voz inconfundible de Charles Carroll ordenó:

—No ofrezca resistencia, Murray. Si no me obedece, dispararemos.

El joven frenó bruscamente, mientras decía.

—Dispara, Horace.

Su amigo obedeció sin la menor vacilación. Los forajidos no esperaban esta reacción de ellos, pues se apresuraron a apartarse, mientras Carroll lanzaba una maldición.

Con una hábil maniobra, Arthur dio media vuelta al coche, emprendiendo la marcha a toda velocidad. Los dos forajidos dispararon contra ellos, pero erraron lamentablemente. Carroll prosiguió dando órdenes. Fue obedecido, entrando los dos pistoleros en el coche y lanzándose en persecución de los fugitivos.

—¿Te has dado cuenta, Horace?

—Sí, tenías razón. Esos bandidos no están dispuestos a soltar la presa.

—Si continuamos hacia delante, no tardarán en darnos alcance.

Apenas se fijaban en unos coches detenidos, observándoles con temor y curiosidad. Escucharon las detonaciones de las metralletas, aunque no osaban intervenir, por temor a ser víctimas de los forajidos. El coche gris iba lanzado.

—Echa por la primera carretera a la izquierda, nos conducirá hacia dónde está situada la villa del profesor Sluggett.

Arthur siguió la indicación de su amigo. La carretera era de segundo orden, aunque no se forjaba muchas ilusiones de conseguirlo.

—Hemos logrado escapar, Arthur. Ha sido algo formidable tu maniobra, yo no hubiera sido capaz de realizarla.

—No lo sé, pero disparaste muy oportunamente. La cuestión es que nos hemos escapado de la celada tendida por eses asesinos.

El coche gris les iba a la zaga, cada vez más cerca. No les sería posible escapar. Para confirmar esta suposición, sonó una descarga. Uno de los pistoleros acababa de disparar su metralleta. Por fortuna para los dos jóvenes no acertó en el blanco elegido, tanto por su nerviosismo, como por la velocidad que llevaba el coche gris.

Arthur dobló una curva, quedando fuera del alcance de sus enemigos momentáneamente. Muy cerca vio otra curva, la tomó de forma temeraria. Horace cerró los ojos, mientras comentaba:

—Nos hemos librado por milagro.

—Agárrate fuerte —fue le contestación de Arthur.

Y frenó con brusquedad.

El coche estuvo en un tris de volcar, pero obedeció la firmeza del joven.

—Salta y sígueme —ordenó.

Horace obedeció sin la menor vacilación, corriendo con cuanta velocidad le permitían las piernas. Arthur corría delante de él, dirigiéndose hacia un bosquecillo. Se trataba de la única oportunidad para escapar con vida.

Volvió la cabeza, viendo a un pistolero encañonándole con la metralleta. Se tiró al suelo, mientras gritaba:

—¡Déjate caer, Horace!

Éste volvió a obedecerle. Lo hizo a tiempo, pues los proyectiles pasaron sobre ellos.

—¡Tiran a dar!

—¿Qué te creías? Te lo advertí a tiempo.

—No estoy arrepentido de haberte acompañado.

—No hables tanto y corre.

Y dio el ejemplo, levantándose y corriendo como una exhalación. Horace le siguió sin la menor vacilación, como hizo hasta entonces. Si su amigo Arthur se hubiese arrojado desde una altura de veinte metros de cabeza, él también habría hecho lo mismo. A su lado no sentía miedo alguno, como si no hubiese nada capaz de abatirle. Oía silbar los proyectiles sobre su cabeza casi con indiferencia.

Por suerte, el bosque se encontraba a cinco metros escasos de ellos. Cuando Arthur se lanzó de cabeza en la maleza, Horace le imitó, oyéndose el siniestro ruido de los proyectiles.

—¡Ay, me he roto el hombro!

Arthur se incorporó y se aproximó a su amigo.

—¿Es cierto, Horace?

—Seguro. Tengo el hombro y el brazo completamente destrozados.

El joven le palpó la parte dolorida y no pudo menos de sonreír.

—No es nada, gordinflón. Tan sólo el susto.

—¿Quieres decir?

—Puedes tener la seguridad de ello. No podrías soportar el contacto de mi mano. Gritarías como un condenado.

—¿Acaso no he gritado?

—No. Te has portado con mucha entereza. Sólo es el golpe. Dame la pistola.

Horace se la ofreció. Ni en su alocada huida, ni al recibir el golpe en su caída, soltó el arma. Hasta ellos llegaron las voces de mando de Charles Carroll.

—Es preciso acorralarles, no deben escaparse.

Ocultos en la maleza vieron cómo los cuatro bandidos se aproximaban. Ahora podía distinguir bien a Charles Carroll. Vestía de forma parecida a cuando le visitó haciéndose pasar por el amigo de Alan Drill. A pesar de la distancia, podía apreciar la fiera expresión de su rostro.

Alchurch corría a su derecha, empuñando una metralleta como si estuviese deseando acribillar a sus enemigos. Podría vengarse de la humillante situación en que le colocó Arthur.

Dos pistoleros avanzaban con ellos. Carroll señaló a uno de ellos y ordenó:

—Vuelve al coche. Murray es capaz de realizar una jugarreta y escapar. Entre los tres acabaremos con ellos.

El pistolero se alejó, llevando consigo una metralleta. Carroll hizo una expresiva señal, indicando el bosque. Con paso cauteloso se aproximaron.

—No debemos separamos. Cuando los encontremos debemos disparar con rapidez. Tú no debes fallar, Alchurch. La metralleta debe barrerlos. Nosotros te protegeremos con las pistolas.

Y se aproximaron.

Arthur hizo una seña a Horace, como indicándole la conveniencia de evitar el encuentro con los forajidos. Si esto ocurría, no habría salvación para ellos, la metralleta de Alchurch les sería fatal.

CAPÍTULO X

Carroll avanzaba con decisión. La fuerza estaba a favor de ellos y cuando divisasen a los fugitivos, éstos serían fáciles presas para la metralleta.

El pistolero se separó unos metros de Carroll y Alchurch, sujetando con fuerza la pistola. Sonreía con incontenible regocijo y creía haber oído un ligero rumor a su derecha, estando convencido de ser uno de los fugitivos. Éste se movía con lentitud, como si estuviese herido o se hubiese dado un golpe.

Le sorprendería y dispararía a bocajarro. No tendría piedad alguna y lo mataría. Carroll le entregaría otra cantidad y ésta sería mayor si la víctima era Arthur Murray, consiguiendo apoderarse del valioso documento.

El rumor aumentó, adquiriendo la certeza de ser cierta su sospecha. El fugitivo se encontraba al otro lado de los matorrales. Probablemente se habría dado un golpe y trataría de alejarse.

Desapareció de la vista de sus compañeros y traté de llegar al otro lado de los ramajes. Entonces algo le cayó encima. Trató de revolverse y no lo consiguió. Un brazo le rodeaba el cuello con fuerza. Un objeto duro le golpeó en la cabeza, cayendo pesadamente.

Arthur le contempló con desprecio. Horace salió de los matorrales, sonreía con satisfacción.

—Ha salido a la perfección, Arthur. Ha picado como si fuese un pez. ¿Lo matamos?

—No vale la pena. Salgamos cuanto antes del bosque.

Y se deslizaron, procurando no hacer ruido.

Carroll y Alchurch continuaban tras ellos, ansiando encañonarles con la metralleta y acribillarlos a balazos.

Tan pronto salieron del bosque vieron al forajido en el coche gris sosteniendo la metralleta. Se encontraba muy cerca del coche

de ellos y no les era posible llegar hasta él sin ser descubiertos por el pistolero.

Éste se apresuraría a disparar. Aunque tuviesen suerte y lograsen derribarle de un balazo, atraerían la atención de Carroll y Alchurch. Éstos se apresurarían a perseguirles y no siempre tendrían la suerte de burlarles.

Avanzaron por la espalda del pistolero. Procuraban no hacer ruido, con la intención de golpearle como a su compañero, dejándole fuera de combate sin producir ruido.

No pudieron conseguirlo. Cuando les separaba una corta distancia, el pistolero se volvió. Sus ojos brillaron amenazadores, alzando la metralleta con rapidez. No obstante, no tuvo tiempo de apretar el gatillo, pues Arthur se le anticipó.

El balazo fue certero, incrustándose en el pecho del forajido.

Un horrible alarido brotó de la garganta del pistolero que rodó por el suelo. Arthur hizo un gesto de contrariedad. Su intención fue dejarlo sin conocimiento, aunque se vio obligado a matarle. No le quedó otra alternativa, pues Horace y él hubiesen sido muertos.

—Pon el coche en marcha. Enseguida subiré.

Vio cómo Carroll y Alchurch salían del bosque corriendo, alarmados por el disparo. Un rugido de ira fue lanzado por Carroll, al ver cómo su secuaz yacía muerto y sus enemigos se disponían a escaparse.

—Dispara, Alchurch.

Y apretó el gatillo de su revólver, como dando ejemplo. La distancia era excesiva para ser eficaz. Alchurch corrió disparando una ráfaga, sin llegar los proyectiles hasta los dos amigos.

Arthur recogió la metralleta, arrebatándola de los dedos crispados del cadáver. Actuó con gran celeridad, acribillando a balazos el coche gris plomizo, inutilizándolo por completo. Seguidamente se volvió y lanzó una ráfaga contra Carroll y Alchurch.

Éstos se lanzaron al suelo despavoridos, pese a no haber llegado los proyectiles hasta ellos. Arthur no pudo por menos de sonreír. Llevando la metralleta llegó hasta el coche y alargó la pistola a Horace.

—Puedes necesitarla.

—Sí, y no vacilo en hacerlo. ¿Está muerto ese hombre?

—Sí. Arranca, no nos pueden perseguir, he inutilizado su coche.

—Eres formidable, muchacho. No te creía tantas cualidades combativas. Los has dejado atemorizados.

Y señaló a Carroll y Alchurch. Estos habíanse levantado, pero no se atrevían a avanzar. Ahora Murray era poseedor de una metralleta y le temían. Les había derrotado en toda la línea.

Ya corrían, pero en dirección opuesta, tratando de salir a la carretera de primer orden y llegar cuanto antes a la villa del profesor Sluggett, dando por terminada su misión.

—Ahora ya podemos estar tranquilos. ¿Verdad, Arthur?

—No cantes victoria de antemano. Carroll posee recursos ilimitados, nos lo está demostrando. Temo volverle a encontrar antes de estar delante del profesor Sluggett.

—¿Tú crees?

—Casi tengo la seguridad de ello.

—Pero se ha quedado detrás, con el coche gris destrozado. He visto cómo los balazos se clavaban en él.

—Yo también, pero te lo he dicho antes, Carroll es astuto.

—Les hemos tomado mucha delantera, e ignora adonde nos dirigimos.

—Eso temo, que no lo ignore. Sabe la dirección que llevamos y puede conocer la identidad del profesor Sluggett. Aunque lleguemos hasta éste, su seguridad no está garantizada ni mucho menos. Quizá con el documento le llevemos su sentencia de muerte.

—Ya nada podremos hacer.

—Así es, aunque resulta lamentable.

—Tu misión estará cumplida.

—Pero me duele no dar su merecido a esos asesinos. La muerte de Alan Drill no debería quedar impune. Ningún peligro debería pasar sobre el profesor Sluggett.

—¿Qué significativo tiene ese documento?

Arthur miró a Horace, viendo reflejada en su semblante una gran curiosidad. No pudo menos que sonreír.

—No tengo la más ligera idea, aunque sí la seguridad de tratarse de algo muy importante. Carroll muestra un grandísimo interés por apoderarse de él, no vacilando en cometer los mayores crímenes.

—Es probable que estés equivocado, y Carroll ni siquiera sospeche la existencia del profesor Sluggett.

—¡Ojalá no te equivoques! —exclamó Arthur, y notó una gran sensación de alivio ante esta posibilidad.

Horace continuó conduciendo. Ahora lo hacía tranquilo por completo, teniendo la seguridad de no ser perseguido por el coche gris plomizo.

El joven consultó su reloj.

—Nos hemos entretenido mucho, debemos llegar antes de anochecer.

—Llegaremos —afirmó Horace—. El retraso no ha sido por culpa nuestra, han sido improvisados, aunque sorteados con habilidad.

—Te has portado muy bien. Tu ayuda me ha hecho mucha falta. De no haber contado con ella, quizá Carroll me hubiese quitado de en medio, apoderándose del documento.

—Exageras, todo el mérito ha sido tuyo.

—No, Horace. Sin ti habría fracasado.

Éste no pudo reprimir una sonrisa de orgullo, ante el elogio de su amigo. Con esto ya se consideraba suficientemente pagado. Dio un codazo en el costado de Arthur.

—Tu idea de moverse por entre los arbustos dio un resultado excelente; aquel bandido cayó en la trampa.

Y siguió conduciendo hacia delante, aminorando la distancia que les separaba del profesor Sluggett.

Se trataba de un pequeño pueblo, situado cerca de la orilla del lago Michigan. El coche cruzó la calle mayor sin detenerse, saliendo a la parte opuesta del pueblo.

Siguieron la carretera, examinando Arthur con detención el terreno. Seguía las instrucciones dadas por Minella, para llegar hasta la villa del profesor Sluggett sin necesidad de preguntar a fin de no atraer la atención de nadie.

—Sigue por ese camino, Horace. No tardaremos en llegar a la villa.

—¿Estás convencido?

Por completo. Ahí enfrente está ese bosque descrita por Minella, no puedo equivocarme, al otro lado se halla el lago.

—Un lugar encantador para pasar las vacaciones. ¿No te parece?

El joven hizo una mueca de desagrado.

—No me hables de vacaciones. Las mías se han estropeado por completo. ¡Y eran las primeras!

—Te haré un regalo de bodas precioso.

—No te burles, Horace. Soy capaz de destrozarte, cabezota.

—Lo creo, pero sigo insistiendo, un regalo regio.

—Ten cuidado con el volante, por poco tropiezas con, ese muro.

—Ha aparecido de repente. Es un peligro para los coches. No sirve para nada, da la impresión de haber sido levantado por el diablo.

—La villa del profesor Sluggett está cerca. Minella me indicó esta pared.

—¿Y se te olvidó decírmelo?

—Ya no me acordaba. Mira, la villa.

En efecto, muy cerca de ellos se erguía la villa. Esta de regulares dimensiones, pero líneas modernas y confortable aspecto. Un camino conducía hasta la verja.

Arthur saltó ágilmente y tiró de la campanilla. No debió esperar mucho, pues apareció un hombre por el sendero. Se detuvo al otro lado de la verja, mirándoles con manifiesta desconfianza.

—¿Qué desean ustedes?

—Hablar con el profesor Sluggett.

—¿Les espera?

—No.

—Entonces no les recibirá. Ya pueden marcharse, no quiere ser molestado.

El tono de aquel hombre fue despótico, como si desease verse obedecido cuanto antes. No le gustó su aspecto, distando mucho de ser el apropiado de un servidor.

—No nos iremos sin haber hablado con el profesor. Hemos venido de Chicago para eso.

—Es inútil, no les recibirá.

—Vengo de parte de Alan Drill.

La expresión de aquel hombre dejó de ser airada, volviéndose interesada. Extrajo la mano de un bolsillo, teniendo Arthur la seguridad de haber sido encañonado hasta entonces por una pistola.

—Hagan el favor de aguardar, enseguida vuelvo.

—No nos haga esperar, estamos muy cansados y deseamos beber algo.

El hombre se alejó sin responder. Horace comentó alegremente.

—No me ha parecido muy sociable.

—Quizá tenga motivos sobrados para no serlo.

—Seguro. En su lugar tampoco dejaría entrar el primero que llegase.

Arthur miró a su alrededor.

—Y sin embargo, es relativamente fácil entrar en la casa. Este muro no es infranqueable ni mucho menos.

El hombre regresaba. Cuando llegó abrió la verja sin pronunciar una sola palabra. Con un gesto señaló hacia la casa. Horace arrancó, no tardando en detenerse ante la fachada principal del pequeño edificio. Los dos amigos curiosearon el porche, que permitía la colocación de un par de mesas y varias sillas, resultando muy agradable permanecer allí una vez hubiese oscurecido.

—Sean bienvenidos a mi casa.

En el umbral de la puerta había aparecido un hombre alto y delgado, vestía un pantalón oscuro y una cazadora. Su rostro era anguloso y las sienes ya estaban plateadas.

—Hemos venido de Chicago para hablarle, profesor Sluggett.

—Hagan el favor de entrar. Mi criado les servirá lo que deseen.

—Se lo agradecemos, tenemos una sed horrible.

—El polvo de la carretera se pega a la garganta.

—Así es.

El criado ya se encontraba en el porche. El profesor Sluggett le señaló el coche.

—Peter, llévalo al garaje.

—No será necesario, profesor.

—Sí, pasarán la noche en mi casa. Mañana regresarán a Chicago.

—Es usted muy amable.

Peter ya conducía el coche por un sendero que daba a la parte posterior de la casa.

Sé encontraron en un agradable saloncito. El profesor Sluggett les señaló dos butacas, sentándose en otra.

—¿Cómo no ha venido el señor Drill personalmente?

—No le ha sido posible. Fue asesinado.

… profesor Sluggett se puso en pie de un salto.

—¡Dios mío, no es posible! —exclamó sobresaltado.

—Sí, fui testigo de ello. Ocurrió en el exprés.

—Eso ha sido obra de James Webb. Desea apoderarse de nuestro secreto, pero no lo conseguirá. ¿Me trae usted los datos recogidos

por Alan Drill?

—Sí, me entregó este documento.

El joven extrajo el papel, tendiéndolo hacia el profesor. Éste alargó la mano trémula, como si ansiase tenerlo en su poder. Esto no llegó a ocurrir, pues en aquel instante sonó una voz amenazadora.

—Esto es muy interesante, señores. Hemos llegado a tiempo de recoger ese documento. Nos ha hecho movernos mucho para conseguirlo, Murray.

En la puerta aparecían Carroll y Alchurch. El primero era el llamado James Webb. Sonreía de forma siniestra, mientras el segundo les encañonaba con la metralleta. El otro pistolero permanecía al acecho, sosteniendo una pistola. Probablemente esperaba el regreso de Peter.

James Webb avanzó y arrebató el documento de la mano de Arthur. Éste no trató de oponer la menor resistencia. De hacerlo, tan sólo conseguiría recibir algunos balazos.

—Todo esto se ha acabado, profesor. Sus planes han fracasado lastimosamente. Ha sido usted muy inteligente, engañando a Alan Drill, pero nosotros conocemos rodos los detalles. El pobre Drill era muy obstinado y no quiso entregarnos el documento. Nos vimos en la necesidad de matarle.

Webb se interrumpió y lanzó una sarcástica carcajada.

—Hubiera sido curioso. Se jugó la vida por entregarle el resultado de sus experimentos, cuando su finalidad es la misma que la nuestra; venderlo al mejor postor.

—No es cierto —protestó el profesor Sluggett poniéndose intensamente pálido.

—Lo es, no trate de engañarme, no lo conseguirá. Le conozco muy bien.

Y sujetaba codiciosamente el documento.

—Esto nos valdrá muchos millares de dólares y permitirá convertirme en un hombre honrado y de gran prestigio. Todo cuanto queda es muy fácil de realizar; suprimirles y entregar estos datos al bando opuesto al suyo, profesor, aunque igualmente no recomendable.

—¿Y por el dinero traicionan ustedes a su patria? —exclamó Arthur con desprecio.

—Es por lo único que vale la pena exponer la vida. El dinero nos proporcionará cuánto ambicionemos.

—Es usted despreciable, Webb.

—No tanto como el profesor Sluggett. No me cubro con una capa de honorabilidad.

De pronto sonó una detonación. El pistolero acababa de disparar contra Peter, al entrar éste en la casa. El desdichado cayó sin lanzar un gemido. En sus abiertos ojos se divisaban una sorpresa indescriptible.

El profesor Sluggett se abalanzó contra Webb, aunque no llegó a tocarle, pues Alchurch le acribilló a balazos. Cayó de bruces, dándose un terrible golpe en el rostro. No se dio cuenta de ello pues ya estaba muerto.

Horace reaccionó con relampagueante celeridad. Extrajo la pistola y disparó contra Alchurch, destrozándole la cabeza.

Arthur se abalanzó sobre Webb. De un potente puñetazo en la barbilla lo derribó. El malvado quedó inmóvil, sin fuerzas para levantarse. Arthur había puesto en el golpe todo su coraje, indignación y odio contra aquel asesino, sediento de sangre.

El pistolero soltó la pistola, bajo la amenaza de Horace. Éste le intimidó.

—¡Quieto o disparo!

—Les ataremos y entregaremos a la justicia. El documento lo quemaré, no servirá para nadie. Alan Drill me lo agradecerá desde el cielo. Tan sólo él actuó de buena fe en este siniestro asunto.

Ató sólidamente los brazos de los dos malvados tras la espalda. Después cogió el documento y encendió una cerilla, aproximándolo a la llama. El fuego hizo presa inmediatamente en el papel.

—¿Qué le parece, Webb?

No necesitaba contestación, la expresión del asesino era demasiado elocuente. Y aquel papel tan codiciado quedó convertido en cenizas, siendo soltado por el joven.

—Hemos vencido, Arthur —comentó Horace con entusiasmo.

—Y el azar ha querido hacemos descubrir las verdaderas intenciones del profesor Sluggett. Le hubiéramos entregado el documento. Engañó miserablemente al desdichado Alan Drill.

Horace fue al garaje, sacando el coche. Cuando los dos asesinos ya se encontraban en el interior del vehículo, apareció un automóvil

y una voz autoritaria ordenó.

—Todos quietos.

Arthur y Horace se miraron con desesperación. Cuando creían haber escapado de todo peligro, se encontraban a merced de los recién llegados. Horace trató de sentarse ante el volante y tratar de escapar, pero la voz autoritaria volvió a sonar.

—¡Quietos, en el nombre de la ley!

Los dos jóvenes respiraron aliviados.

—No tratamos de oponer resistencia.

—¿Es usted, Murray?

—Sí, inspector Ferguson.

—Ya sospechaba que usted me ocultaba algo, Murray —dijo el inspector deteniéndose frente al joven—. Por eso le he seguido. Perdí la pista, pero su última escaramuza me ha permitido encontrarle.

—Ahí tiene a los asesinos de Alan Drill y el profesor Sluggett, Aunque éste también intentaba abusar de la buena fe de Drill.

—¿Y el descubrimiento de éste?

—Lo he quemado. He creído que era mi deber.

—¿Quemado? —El inspector movió la cabeza con pesar, después reaccionó—. Habrá sido lo mejor, se trataba de un descubrimiento terrible, la humanidad corría peligro y más si hubiese caído en manos desaprensivas.

Arthur abrazó a Minella, La joven estaba radiante de alegría por encontrarse en sus brazos. Jack y Nancy sonreían, satisfechos por la felicidad de los jóvenes. Horace comentó:

—Nancy y yo seremos los padrinos de boda.

—¿Tú qué opinas, Minella? —preguntó Arthur.

—Estoy conforme, querido.

Al día siguiente se celebraba la boda. Al salir de la iglesia, un hombre se acercó a los novios y entregó u, pequeño envoltorio a Arthur.

—Me alegro de que haya tenido suerte, profesor. Me he permitido traerle un pequeño obsequio a su esposa. Lo he comprado, no lo he robado.

—Gracias, Benny.

Y se alejaron radiantes de alegría. Benny sentíase contento. Se estremeció al sentir el contacto de una mano en su espalda.

—Queda invitado, Benny —dijo Horace sonriendo.

FIN



EL CRIMEN NO COMPENSA

por

BURTON HARE

Fue en aquel instante cuando me dieron.

Eran dos a disparar, y el estruendo de los pistoletazos había levantado a toda la calleja. Estaban encendiéndose luces en las ventanas, pero nadie osaba sacar la cabeza todavía.

No fue más que un golpe. Lo sentí en mi costado, algo como un desgarrón doloroso, pero no demasiado. Sin embargo, me obligó a dar un traspié y el saco golpeó contra la pared haciéndome perder el equilibrio, de manera que rodé por el suelo igual que un fardo, sabiendo que estaba perdido.

Sólo en aquellos momentos eché mano de la pistola. La saqué y creo que sólo deseaba desprenderse de ella para que no me la encontrasen encima...

Pero el guardia, excitado, cometió un error...

Otra de las trepidantes novelas de

BURTON HARE

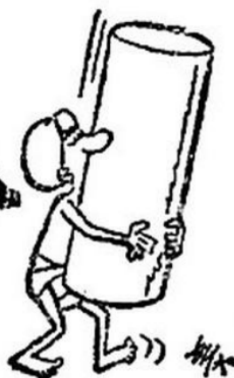
¡Un relato que le emocionará... y le enseñará cosas que no sabe aún!

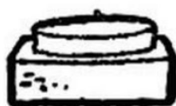
EL CRIMEN NO COMPENSA

¡Adquiérala antes de que se agote!



EL YOGA





Usted quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apdrtar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo...

y tantas otras cosas



MARABUZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain